

LOS INTENTOS PAPALES DE RECUPERAR LA SUPREMACÍA MUNDIAL A la luz de sus políticas secretas en la primera mitad del S. XX

Dr. Alberto R. Treiyer

Mayo 2015

www.adventistdistinctivemessages.com

Estaba manejando hace dos semanas por la autopista que conduce a Chattanooga, cuando por la radio de música clásica que escuchaba, comenzaron a entrevistar a David I. Kertzer por su libro, *The Pope and Mussolini. The Secret History of Pius XI and the Rise of Fascism in Europe* (2014). Siendo que hasta ese momento no había encontrado una obra bien documentada sobre el papel del papado en esa parte de la historia tan significativa del S. XX, pocos días después lo encargué. En una semana me devoré las 500 páginas de la obra más documentada e impresionante que se haya escrito sobre el tema, y que está destinada a cambiar para siempre, según dicen los innumerables testimonios de los especialistas, la historia que se había contado hasta ahora. Me consumió tiempo y esfuerzo porque es de esas obras que no permiten dejar nada sin que pase por allí el ojo.

I

Situando proféticamente los S. XIX y XX

¿Por qué me interesa esa parte de la historia? Porque tiene mucho que ver con el manejo político bajo cuerda que efectúa el papado en la actualidad, y con la proyección profética que recibimos de parte de Dios sobre el fin del mundo. No siendo especialista sobre la historia de los S. XIX y XX, no sabía por mucho tiempo cómo ubicar en la perspectiva profética, los eventos más significativos que se dieron en ese período. Allí se gestaron los principios que condujeron al mayor genocidio de la historia humana en el S. XX.

El cumplimiento de las profecías apocalípticas de la Biblia tuvo un punto culminante en 1798, cuando los poderes seculares le quitaron al papado romano la hegemonía política que había tenido por tantos años. Mientras que los cristianos de los primeros cuatro siglos entendieron que estaban viviendo bajo el imperio romano pagano que había predicho Daniel, los protestantes entendieron en el segundo milenio cristiano, que el anticristo que iba a aparecer después ya había venido y se había sentado en el trono que dejaron vacante los césares, y en medio de la iglesia cristiana (Dan 7; Apoc 13; 2 Tes 2). En realidad, mucho antes de los protestantes, ya desde por lo menos el S. X, aún dentro del catolicismo, hubo voces que se levantaron para denunciar los papas como conformando un sistema que cumplía con lo predicho sobre el anticristo a venir. Pero las fechas proféticas de su período de supremacía culminaron en 1798 (trato en detalle todas las fechas proféticas en mi libro: *Los Tiempos Apocalípticos del Santuario. Confirmaciones bíblicas, históricas y astronómicas* (Bs. As., ACES, 2014). ¿Qué debía suceder a partir de entonces hasta la venida del Señor?

Después que el papado recibió la herida mortal predicha en 1798, bajo los gobiernos seculares europeos que se levantaron luego de la Revolución Francesa, debían darse ciertos eventos políticos y religiosos para que Roma recuperase el liderazgo político mundial y maravillase a toda la tierra, arrastrando al mundo a su crisis final (Apoc 13). Esa lucha produjo la primera y segunda guerra mundiales. Pero no supe del papel que cumplió el papado en esas guerras, en su intento de recuperar su terreno político perdido, hasta que leí tres obras claves, y ahora una cuarta, sobre lo que los papas Pío XI y Pío XII hicieron en esa época temprana del siglo pasado. Salta a la luz en esos libros, y de una manera meridiana, la lucha entre el clericalismo y el secularismo que se inició con la Revolución Francesa al culminar el S. XVIII. Todo esto lo desarrollé en la serie que preparé y que tengo disponible en mi página de internet citada más arriba, *El Vaticano y los Grandes Genocidios del S. XX*. Las guerras que se desataron entonces en la lucha por

prevalecer entre las fuerzas religiosas y las seculares (incluidas las dos guerras mundiales), tuvieron que ver con el genocidio de muchas decenas de millones de personas en el mundo entero. No hubo época anterior en donde el genocidio hubiese sido tan grande.

¿Dónde estaba profetizada la tal confrontación que debía darse en el tiempo del fin, y que ya lleva más de dos siglos? En la lucha entre el rey del norte (Babilonia) y el rey del sur (Egipto), que proyectó el profeta Daniel para ese tiempo final en el cap. 11, versículos 40 al 45. El Apocalipsis de Juan amplió esa profecía, dando a esos poderes un significado “simbólico” (Apoc 11 en relación con Egipto: ateísmo), y Apoc 17 y 18 en relación con Babilonia: poderes religiosos apóstatas). Esto es importante destacar porque, por el hecho de que algunos musulmanes radicales están impactando al mundo hoy, debido a los actos de barbarie que practican contra los vencidos, algunos están queriendo meter al islamismo como sea en esa profecía. Pero, ¿puede compararse el genocidio tan espantoso que ha visto el mundo en estos dos últimos siglos en la lucha entre el secularismo y el clericalismo, con la muerte de unos pocos miles que se están viendo, producidos por unos pocos fanáticos musulmanes que son resistidos hasta en los mismos gobiernos musulmanes actuales?

Lo que vemos en la reacción radical islámica actual, es la continuación de la lucha entre los poderes seculares que han afectado en esta época no sólo a las religiones cristianas, sino también a todas las religiones del mundo, incluyendo las musulmanas. La reacción que encontramos en los musulmanes radicales es contra el secularismo en especial, y contra los avances del cristianismo que requieren también la separación de iglesia y estado. Ese principio lo introdujo la Revolución Francesa desde la perspectiva secular, y la Norteamericana desde la perspectiva protestante.

Las obras a las que me refiero, y que se escribieron al terminar el S. XX, suelen hablar de las *historias secretas* del papado, no por ser conspirativas, sino porque se basan en los archivos secretos que se abrieron hacia fines del siglo pasado y comienzo de este siglo, no sólo de los gobiernos de muchos países, sino también del Vaticano. En base a esos archivos secretos, ha estado apareciendo toda una historia que se mantuvo oculta, y en la que aparecen los entretelones políticos del Vaticano, impulsando y apoyando todo gobierno de corte fascista. Esto lo hizo en un intento de frenar el avance comunista ateo, y porque pensó que iba a ser más fácil manejarse a través de dictadores que con las democracias presumiblemente caóticas que aparecían. A través de tales dictadores esperaba imponerse otra vez sobre los gobiernos de este mundo para que ejecutasen sus designios.

Dentro de esa lucha papal-secular, apareció en escena un país protestante que impidió que ese sistema de gobierno dictatorial que apoyaron los papas hasta Pío XII, acabasen con los regímenes democráticos. Ese país es la única superpotencia mundial que queda, y estaba profetizado en la segunda mitad de Apoc 13. Al representarlo inicialmente como un cordero, el apóstol Juan resaltó su vínculo con el evangelio y la libertad que trae donde es aceptado (Juan 1:29; 8:36). No es de extrañar, entonces, que desde Juan XXIII, (el sucesor de Pío XII), el Vaticano haya estado cortejando el mundo protestante y el gobierno de los Estados Unidos. Ese es el trampolín indispensable que necesita hoy para aspirar al dominio mundial (de eso habla la clásica obra del jesuita Malachi Martin, *Las Llaves de Esta Sangre. La Lucha por el Dominio Mundial entre Papa Juan Pablo II, Miguel Gorbachov, y las Potencias Capitalistas Occidentales* [1990]).

Según la profecía, todos los poderes seculares y religiosos que están actualmente confrontados, terminarán uniéndose en objetivos comunes, y empujando al gobierno representado por un cordero a que terminase hablando como dragón. Esto significa que el gobierno de los Estados Unidos obraría bajo el mismo espíritu que inspiró al papado romano en la Edad Media, cuando el dragón le había dado su trono [en Roma], y grande autoridad: Apoc 13:2ss). En el “tiempo del fin”, sin embargo, el dragón hablaría mediante el cordero que representa al gobierno protestante norteamericano, al restaurar la autoridad política del papado que había perdido a manos de los poderes seculares (Apoc 13:11ss). Aunque algunos creen que esa restauración comenzó en la primera mitad del S. XX con el concordato firmado entre Pío

XI y Mussolini, devolviendo los estados pontificios al papado; la verdadera recuperación sobre el mundo entero se dará cuando logre imponer sus decretos distintivos sobre todos los habitantes de la tierra, a través de los Estados Unidos. Eso producirá la crisis final, y está ya a la vista.

Siendo que hasta mediados del S. XX, los papas continuaron condenando la democracia, saludaron con gozo la llegada de gobiernos fascistas en la primera parte de ese siglo. Pensaron que mediante ellos podrían lograr la unión buscada con los gobiernos que les permitiese recuperar su hegemonía mundial. Pero fracasaron porque aspiraron a una unión con los gobernantes católicos a expensas de judíos, protestantes, ortodoxos, y toda otra religión que no fuese la Iglesia Católica. A partir de Juan XXIII, quien abrió las puertas al ecumenismo, y Pablo VI quien terminó reconociendo la existencia de los gobiernos seculares, buscando un entendimiento con ellos, debieron comenzar una nueva política tendiente a aceptar a todos en una confederación que el papa Francisco hoy, parece estar llevando a feliz término. Desde Juan Pablo II, hasta comenzaron a dar cátedras de democracia (ellos con un sistema medieval monárquico y dictatorial).

Veamos a continuación el momentáneo triunfo que lograron Pío XI y Pío XII antes y durante la 2da. Guerra Mundial, así como su fracaso posterior. Pero antes de entrar en esa historia, hagamos primero un análisis de las principales obras que se han escrito desde 1999 sobre el papel del papado en la primera mitad del S. XX.

II

Bibliografía básica sobre la historia secreta de los papas Pío XI y Pío XII

Las tres y ahora cuatro obras que más me ayudaron a entender la tremenda lucha que se entabló desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, y que iba a durar hasta que recuperase su poder el papado romano al confederarse con las religiones y gobiernos de este mundo, son las siguientes:

1) John Cornwell, *El Papa de Hitler. La Historia Secreta de Pío XII* (USA, 1999). Escrito por un católico que descubrió el real papel que tuvo en la guerra el papa al que la Iglesia Católica Romana canonizó como santo. Su libro se volvió polémico porque muchos que se acostumbraron a verlo como su ídolo, no podían ni querían aceptar lo que se escribió en ese libro de él. Siendo que ese papa colaboró con el genocidio judío desde la perspectiva de Italia, y al mismo tiempo se vio en la coyuntura de responder al pedido de asilo de algunos judíos al final, la polémica está entre los críticos como Cornwell que lo condenan como “cobarde y traidor”, y los que lo defienden como habiendo sido “el mejor amigo que tuvieron los judíos” (ése es el análisis sobre la obra de Cornwell que hace Kertzer, en la p. 403 de su libro. Kertzer mismo cree que aún su propia obra (p. 405), por más documentación con miles de archivos que ofrece, va a ser resistida por la misma razón).

2) Mark Aarons – John Loftus, *Unholy Trinity. The Vatican, the Nazi, and the Swiss Banks* (New York, 1998). Escrito por dos autores judíos que escribieron también *The Secret War Against the Jews*. La documentación que traen sobre el intercambio secreto entre Pío XII y Hitler en la guerra, es también impresionante. Su esfuerzo principal, sin embargo, estuvo en descubrir los medios que usó el Vaticano para lograr que escapasen los nazis que eran perseguidos por los tribunales internacionales que querían juzgarlos por los genocidios que produjeron. “Camino de ratas” se llamó al recorrido que hacían los nazis para llegar hasta el Vaticano, donde iban a ser protegidos, y a los que luego darían pasaportes falsos para que pudiesen escapar especialmente a Argentina, Paraguay, y Bolivia. Se basaron para ello en los archivos que abrieron los países más involucrados en la guerra como Estados Unidos e Inglaterra.

Es normal que los autores judíos se interesen en conocer el tránsito de fuga y paradero final de los peores criminales nazis que tuvieron que ver con el genocidio israelí. Los judíos establecieron después de la

guerra, una organización para buscar, detener, y juzgar en Israel a esos criminales que pudieron escapar al juicio internacional que se les efectuó en Alemania misma. Esa organización se llama Simon Wiesenthal, y tiene sus oficinas en Israel. Los autores judíos que escribieron el libro en consideración, lamentaron que Carlos Menem se hubiese opuesto a su pedido de abrir la documentación bajo la época de Perón, temeroso de que apareciese lo que de todas maneras probaron y ahora está más demostrado que nunca, el papel que jugó Perón en la protección de los nazis que escaparon a Argentina después de la guerra. Recientemente, sin embargo, Cristina Kirchner abrió esos archivos y, sin duda, aparecerán una buena cantidad de datos adicionales confirmando lo que todo el mundo ya sabe. Los nazis procuraron, además, salvar el oro que habían recogido enviándolo a Argentina, y a través de los bancos suizos hicieron toda una maniobra fraudulenta para salvar su capital.

3) John W. Robbins, *Ecclesiastical Megalomania. The Economic and Political Thought of the Roman Catholic Church* (USA, 1999). Me interesó esta obra especialmente porque analiza, desde la perspectiva protestante capitalista norteamericana, las encíclicas de los papas en los dos siglos que llevamos de “tiempo del fin”. Su obra ayuda a ver el contraste entre la visión económica mundial del capitalismo norteamericano, y del papado romano con raíces que vienen de la Edad Media.

4) David E. Kertzer, *El papa y Mussolini. La Historia Secreta de Pío XI y el Levantamiento del Fascismo en Europa*. Esta es la obra que me faltaba para conocer el papel del Papa Pío XI y del Vaticano en el surgimiento y apoyo de los gobiernos fascistas que nacieron en Italia bajo los auspicios y estímulos del papado, y se extendieron por toda Europa bajo distintos términos como el nazismo en Alemania, el falangismo en España, el clero-fascismo en otros países (por tratarse de sacerdotes católicos que terminaron gobernando algunas naciones bajo el sistema fascista). En América Latina, aún después de la guerra, el recurso a los gobiernos militares bajo un dictador, fue el que fomentó también la Iglesia Católica, siempre bajo el espectro de la amenaza comunista atea. Y la manera de actuar de esos gobiernos impulsados y respaldados por la Iglesia Católica, fue una copia tardía pero admirable de la segunda mitad del S. XX, de esos gobiernos fascistas europeos que los precedieron en la primera mitad.

En efecto, se ve con claridad cómo el papa Pío XI y sus colaboradores en el Vaticano, y la prensa católica en toda Italia, levantaron teorías conspirativas contra los judíos pretendiendo que eran ellos los que querían gobernar al mundo mediante el comunismo ateo, y junto con ellos metieron también a los protestantes en la sospecha para que detuviesen su obra. Los papas continuaron, hasta ese entonces, condenando la democracia, y vieron en los gobiernos dictatoriales de corte fascista un reemplazo adecuado de la monarquía con la cual el papado siempre se había manejado más fácil, por el hecho de que gobernaba un hombre a quien era más factible influenciar. El criterio de Pío XI era que los pueblos estaban para ser mandados, de lo contrario caerían en lo que consideraba anarquía secular.

Durante siete años, Kertzer compiló copias digitalizadas de 25.000 páginas de documentos de los archivos del Vaticano, de la policía de Italia, del régimen fascista de Mussolini, de los diferentes diarios de Italia y de varios otros países, de los archivos de las embajadas especialmente de Estados Unidos, Inglaterra y Francia en Italia, también tuvo acceso a los diarios personales que llevaron varios personajes relevantes (Mussolini, su hija y su yerno, dos de sus amantes, y otros más). De tal manera que cuando llegaba a un punto sensible en los archivos que los custodios de la biblioteca del Vaticano se cuidaban bien de no compartir, podía encontrar los datos que faltaban en los mensajes secretos que el Vaticano mismo enviaba a Mussolini, y a otras autoridades fascistas de la época, etc.

Kertzer contó para la investigación con dos años sabáticos (que suelen dar cada cierto tiempo a catedráticos de universidades de prestigio), y la ayuda de estudiantes y doctores en historia, además de otras personas a las que agradece que le ayudaron en la compilación y desgranamiento de tales documentos para poder ensamblar los hechos. Eso es lo que hace su obra realmente prodigiosa. Uno puede ver, leyendo ese libro, los propósitos e intenciones del papa, de su secretario y de otros

colaboradores, de Mussolini, de los embajadores, como si estuviese observando a esos individuos desde su interior.

Esa manera de describir los personajes preponderantes de la historia del fascismo y de la iglesia católica, me hacía recordar a la manera en que escribió E. de White, según los archivos del cielo (figurativamente hablando) que le compartió el ángel por inspiración divina. Como Urías Smith lo reconoció en su momento, admirado al leer las primeras páginas del libro *El Deseado de Todas las Gentes*, que la historia de Cristo y los apóstoles estaba siendo vista, por primera vez, desde adentro. Pero en el caso de Kertzer, la documentación es terrenal, meticulosa, fielmente retratada, integrada en un rompecabezas bien armado y de una manera monumental. Esto me hace pensar en el juicio milenial, en el que repasaremos la historia de este mundo, y en donde no habrá archivos sensibles que se escondan. La sentencia que se dará al final será exacta, sin posibilidad de apelación de ninguna naturaleza. Esa información la tienen los ángeles hoy con respecto a nosotros. Tenemos la ventaja, sin embargo, de que ese legajo, tantas veces manchado por una vida de pecado, puede ser definitivamente borrado en el juicio investigador previo, para que nadie necesite revisarlo en el juicio de los malvados.

III

Reacciones de diarios y eruditos a la obra de Kertzer

Extraigamos algunas reacciones a la obra de Kertzer por parte de especialistas, de las más de 20 que aparecen en su libro.

“Excelente... Revela una ventana sobre esta historia sórdida—una ventana que por largo tiempo estuvo obstruida, pero que no será más oscurecida” (The New Republic).

“Asombroso... notable... Kertzer destierra con autoridad décadas de negación e incertidumbre sobre las relaciones del Vaticano con el estado fascista italiano” (The Christian Science Monitor).

“Un toque final crucial... adelanta meticulosa y elocuentemente la penosa pero necesaria verdad del fracaso del Vaticano para hacer frente a su prueba moral más grande. Esta es una historia [que se saca a la luz] por amor a la justicia” (James Carroll, National Book Award-winning author of *Constantine’s Sword*).

“Kertzer es inquebrantable e implacable en su exposición de las acciones escandalosas del Vaticano... Profundas revelaciones alarmantes acerca de la colaboración del Vaticano con el diablo” (Kirkus Reviews).

“Su investigación meticulosa tiene muchas nociones convencionales que derribar sobre la [presunta] resistencia de la Iglesia Católica a Mussolini” (USA Today).

“Los argumentos extraordinarios que presenta son irresistibles por los que la Iglesia Católica debiera pagar el más alto precio en su apoyo a Mussolini y al levantamiento del fascismo—y lo que consiguieron en recompensa... Kertzer avanzó en el llamado a la “purificación de la memoria histórica” que hizo Juan Pablo, de una manera tal que el papa no pudo haber probablemente jamás imaginado” (The Daily Beast).

“Kertzer nos da una historia horrorosa de pactos venenosos entre un Vaticano debilitado y un Mussolini ambicioso. La bendición del papa dio a Il Duce [Mussolini] la credibilidad necesaria para llevar a Italia y al pueblo italiano a donde ellos querían ir. A cambio de esa aprobación, los fascistas proveyeron a la Iglesia de su único baluarte concebido contra las fuerzas del comunismo y la edad moderna... Kertzer ha

escrito un retrato terrible de una unión horrenda cuyo único resultado fue la pesadilla de la 2da. Guerra Mundial” (John Guare, award-winning playwright and author of Six Degrees of Separation).

“Pío y Mussolini socavaron y finalmente estropearon la felicidad de millones que confiaron en ellos. Kertzer ha escrito el libro definitivo sobre esta historia trágica” (Richard S. Levy, profesor de historia, Universidad de Illinois en Chicago, y co-editor de Antisemitismo: Una Historia”).

“Un estudio de la suficiencia propia y el oportunismo que expone el levantamiento y caída paralelos del fascismo y el catolicismo unidos” (San Francisco Book Review).

Citemos ahora lo que resume en una parte del prólogo el mismo autor del libro. Afirma que mediante el acuerdo histórico entre el papa Pío XI y Mussolini, conocido como Concordato Lateranense, se puso “fin a décadas de hostilidad entre Italia y la Iglesia Católica Romana. Con ese acuerdo, la separación de iglesia y estado que había marcado la Italia moderna de su fundación 68 años antes, llegó a su fin. Una nueva era comenzó, la Iglesia como socia voluntaria del gobierno fascista de Mussolini”.

Ambos líderes subieron al escenario de la historia el mismo año 1922. “Achille Ratti... tomó el nombre de Pío XI. Más tarde ese mismo año, en medio de una violencia extendida, Benito Mussolini, el líder fascista de 39 años, llegó a ser el primer ministro de Italia. Desde entonces los dos hombres llegaron a depender el uno del otro. El dictador confiaba en el papa para asegurarse el apoyo católico a su régimen, proveyendo la legitimidad moral tan necesitada. El papa contaba con Mussolini para ayudarlo a restaurar el poder de la Iglesia en Italia”.

Comencemos la historia de ese romance político-religioso, clerical-fascista, destacando primero el perfil psicológico de esos dos líderes que tanto influyeron en la vida política del mundo en el S. XX.

IV

La personalidad del papa Pío XI

Achille Ratti nació en 1857 al norte de Milán, cuando esa zona pertenecía al imperio Austro-Húngaro. En 1875 entró al seminario de esa ciudad para prepararse para ser sacerdote, aunque terminó descubriendo que se sentía más cómodo con los libros que con la gente. No obstante, le gustaba hacer alpinismo, lo que hizo desde 1885 a 1911.

En 1907 fue nombrado prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, la segunda en importancia en Italia. Cuatro años después pasó a hacerse cargo de la primera biblioteca del país, la del Vaticano. Pero en 1918, el papa Benedicto XV lo envió a Warsaw como su emisario personal para prepararle un informe de la situación polaca. Eso iba a abrirle las puertas para poder un día ser papa. La situación que había dejado en Polonia la Gran Guerra (la primera mundial), era muy inestable. Después de haber estado por siglos bajo el gobierno ruso, y el resto bajo control alemán o austríaco, Polonia luchaba por su independencia, y las fronteras del nuevo país no estaban bien establecidas. De manera que la suya era una misión delicada.

En Polonia Ratti pudo captar el odio que tenía el clero hacia los judíos. Mientras que en Italia los judíos eran muy pocos (1 en 1000), en Polonia un décimo de la población era judía. Ratti sabía que ese odio antijudío era prominente también en el Vaticano, y compartiría ese sentimiento una vez que fuese elegido papa con el título de Pío XI. Por el resto de su vida, Ratti iba a considerar a los judíos y al comunismo como la peor amenaza que pesaba sobre occidente. Llegó a decir, estando en Polonia, que “una de las peores y más fuertes influencias que se siente acá, tal vez la peor y más maligna de todas, es la de los judíos” (13-14). Como veremos más adelante, fue él quien procuró despertar sospechas en Mussolini y en Hitler para que tomase medidas contra ellos, basándolas en teorías conspirativas en su afán de deshacerse

por completo de ellos. También mantendría su aversión contra los sistemas democráticos que heredó de los papas que lo antecedieron desde la Revolución Francesa.

Una vez nombrado papa cambió Ratti notablemente su postura. Consciente de su nuevo sagrado y dignificado cargo gustaba ponerse la triple tiara que usaron los papas durante la mayor parte de la Edad Media. Esa triple tiara implicaba, según muchos, señorío sobre los tres reinos: Rey del cielo, Rey de la Tierra, Rey del Infierno. Bromeaba uno de los sacerdotes del Vaticano diciendo que Pío XI “llevaba puesta su tiara aún cuando iba a la cama”. Cuando proclamó el año santo más tarde en el que cientos de miles de todo el mundo vinieron a Roma, gustaba ponérsela delante de la gente y bendecirla. Después de Pablo VI, los papas Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco prefirieron dejar esa tiara en el armario hasta el día de hoy. Al triunfar la democracia y los derechos del hombre, el primer papa que terminó reconociendo los gobiernos seculares [Pablo VI], prefirió, en la segunda parte de su mandato, no ponerse más esa triple corona.



Apenas asumió su pontificado Pío XI tomó distancia de su familia. Debían pedir autorización para verlo y sólo aceptaba recibirlos muy de vez en cuando. La razón que dio a sus familiares fue que ahora era Padre de muchas personas. A su hermano y hermana les exigió que se inclinasen delante de él cuando les diese audiencia, y se dirigieran diciéndole: “Santo Padre” o “Su Santidad” (40).

Pío XI se sentaba sobre un trono de oro en un gran salón con sólo 6 sillas delante, reservadas únicamente para algunos embajadores que en ocasiones podían entrevistarle. Pero no permitía que ningún prelado ni ningún cardenal ni ningún sacerdote se sentase en su presencia. Todos debían acercarse reverentemente y permanecer de pie a su lado o delante de él. Podían dirigirle palabras sólo cuando les permitía hablar. Nunca comía con nadie. Debían traerle la comida y luego retirarse. Exigía que todos los que se acercasen a él se inclinasen y arrodillaran tres veces antes de hablarle, y otras tres veces al retirarse. Hasta los guardias suizos debían postrarse delante de él cuando se acercaba, con una mano sobre sus boinas, y la otra sosteniendo el palo en cuyo tope estaba el hacha medieval. El embajador británico en el Vaticano lo describió como un profesor pedante. “Parecía mirar a todos los laicos como niños que debían ser enseñados más que como gente de quien podía aprender algo” (40-41).

Cierta vez, paseando por los jardines del Vaticano, uno de los jardineros de cierta edad se desvaneció. Uno de los acompañantes del papa corrió a socorrerlo, así como otros jardineros. El otro guardia le dijo al papa que ese jardinero había tenido un infarto. Pero Pío XI ni se inmutó y siguió caminando. Su pontificado estaba muy por encima de esos menesteres comunes y de los chismes de la gente. Su carácter autoritario, como el de Mussolini, iba a hacer que al estar en la cima del poder, no tuviese amigos, porque eso hubiera significado tener otro igual a él.

De carácter irascible y explosivo, los más allegados de entre los cardenales y secretarios temblaban cada vez que debían comparecer ante él. Pienso que fue tal vez, en parte por eso, que no se preocuparon por encontrarle ningún milagro para beatificarlo o canonizarlo. Consciente de ocupar el lugar de Dios en la tierra, de ser su Vicario, y una vez llegado a la cima del poder, no necesitaba recibir sugerencias. El sabía lo que había que hacer, y rara vez consultaba a los demás. El estaba en ese puesto tan elevado para dar órdenes que los demás no tenían derecho de desobedecer. Solía decir que sus órdenes debían obedecerse “no de inmediato, sino más pronto que eso” (39).

Uno de los cardenales más allegados al trono pontificio llegó a decir que, para conseguir algo de él, convenía sugerirle lo contrario. Porque de seguro iba a tratar de mostrar que él no era influenciable. Incluso cuando el rey de España, Alfonso XIII, lo visitó en el Vaticano, cometió el error de recomendarle el nombramiento de un cardenal de sudamérica, ya que tenía uno solo por todo el continente. Eso llevó a Pío XI a cancelar su plan de elevar a su mayordomo de Colombia al cargo cardenalicio. No iba a aceptar inclinarse ante el rey (66). Y en Mussolini, el endiosado líder de los fascistas, iba a encontrar al hombre hecho exactamente a su medida. Juntos iban a comerciar el poder para dominar al pueblo y protegerse. Mantendrían sujeta y en orden la población, en medio de fricciones y accesos de furia de ambos, pero en un consorcio imposible de abandonar sin debilitarse mutuamente.

V

La personalidad de Benito Mussolini

Mussolini nació en 1883, en el epicentro de la anarquía de Italia y los movimientos socialistas. Su padre, un ardiente propulsor del socialismo, le puso por nombre Benito, inspirado en Benito Juárez que llegó a ser presidente en México (látigo de los poderes coloniales europeos, y enemigo de la Iglesia). Su madre era devota católica. El matrimonio fue turbulento con un padre que se emborrachaba. Benito asistió a un colegio salesiano de donde lo echaron por apuñalar a un muchacho en su mano. Volvieron a echarlo más tarde, esta vez de su primer trabajo como maestro sustituto, al salir a luz su entrevero con una mujer casada.

Al no poder conseguir trabajo se dirigió a Suiza, donde se unió con socialistas y anarquistas. En 1904, Mussolini tuvo en Lausana un debate con un pastor protestante local sobre la existencia de Dios. Después de citar a Galileo y Robespierre, saltó a una mesa, sacó su reloj de bolsillo, y bramó diciendo que si había un Dios, que lo matara en los siguientes cinco minutos. Su primera publicación en ese mismo año se tituló: “Dios no existe”. Mantuvo sus ataques contra la Iglesia, catalogando los sacerdotes de “microbios negros, tan desastrosos para la humanidad como microbios de tuberculosis” (20). Su pasión por la política y la polémica lo llevó a escribir en 1910, como editor del semanario local socialista y secretario del partido socialista de la ciudad, una novela titulada: *La Amante del Cardenal*.

Siempre supo cómo ser el centro de la atención de todos. En 1912 fue nombrado editor del diario del partido nacional socialista, *Avanti*, basado en Milán. Como editor insistió en que sólo la acción revolucionaria, no políticas parlamentarias, lograría imponer un nuevo orden. Cuando en 1913 la policía mató a siete granjeros que se habían levantado en una protesta, Benito reclamó venganza: “¡Muerte a los que masacran al pueblo! ¡Larga vida para la Revolución!” En su diario escribió: “El nuestro es un clamor de guerra. Los que masacran saben que, a su vez, pueden ser masacrados”.

Cuando la guerra explotó en Europa en 1914, los socialistas la denunciaron como obra de los imperialistas y capitalistas belicistas felices de usar al proletariado como forraje para sus cañones. Los obreros del mundo tienen que unirse, no para matarse los unos a los otros en el nombre de Dios o del país. Pero para sorpresa de sus camaradas, cuando comenzó la Primera Guerra Mundial dos meses más tarde,

Mussolini publicó un artículo poniendo en tela de juicio la sabiduría de la neutralidad italiana. El pacifismo no estaba en su carácter. Al mes siguiente lo expulsaron del diario y del partido socialista. En los siguientes años, de haber sido líder socialista se volvió el peor enemigo de los socialistas.

En 1910 Benito tuvo una hija a la que llamó Edda, de su amante Rachele Guidí (la que más tarde pasaría a ser su esposa, en un casamiento que tuvo por civil para evitar que una de sus amantes que lo adoraba reclamase que era su verdadera esposa). Tuvo un buen número de amantes, varias de ellas judías, incluso tuvo hijos de ellas. La más importante fue Margarita Sarfatti, judía de familia rica, con quien comenzó relaciones en 1913. Por años esa mujer capaz fue su mentor, hasta que captó que la idolatría que cultivó Mussolini sobre su persona iba a llevarlo a su ruina. Poco después escapó a Sudamérica y no volvió hasta que terminó la 2da. Guerra Mundial.

Otra amante la consiguió a los 53 años y lo acompañó hasta el resto de sus días. Se trataba de Clara Petacci, una joven de 24 años, hija de un médico en el Vaticano, cuyo matrimonio le había durado apenas dos años, y a la que *Il Duce* le llevaba 29 años. Los diarios personales que llevó Clara son hoy una fuente de sumo valor para conocer la vida íntima de Mussolini. En la apoteosis de su poder, al sentirse solo por estar tan arriba, comenzó una vez a decirle, amargado, que no la amaba, y que nunca había amado a nadie, que era un ser incapaz de amar a otra persona. Ella tenía la cabeza de *Il Duce* sobre su pecho mientras le decía eso, y procuró consolarlo teniendo sexo con él. Hubo veces en que a ella le entraron celos porque dejaba de verla para ir con sus otras amantes. Y Mussolini se daba el tiempo para calmarla e ir a visitarla regularmente cada día. Cuando murió Pío XI años después, fue a festejarlo con ella y tuvo dos veces sexo en la misma ocasión. Había llegado a un punto en el que Mussolini había decidido hacerle sentir al papa, en esas fricciones de poder que tenían, que él era el hombre fuerte, y que podía volcarlo en contra las masas católicas que lo adoraban.

Mussolini procuró siempre mantener su silueta esbelta. Cuando su esposa comenzó a engordar y el resto de su familia también, así como algunas de sus amantes, se volvió vegetariano con pocas excepciones. No tomaba vino ni café, sino jugo de frutas (60,141). Quería proyectar la imagen de emperador, ya que su sueño era restaurar el antiguo poder de los antiguos césares de Roma. Gustaba tocar el violín y manejar a gran velocidad. Su amante Margarita no sólo le arreglaba encuentros especiales con ella, sino también con otras mujeres. Pero volvamos al proceso que lo llevó meteóricamente al poder.

Después de ser expulsado del diario *Avanti*, Mussolini comenzó su propio diario, *Il Popolo d'Italia*, que sería su diario por cerca de tres décadas. Por esa época organizó la *Fasci d'azione rivoluzionaria*, células revolucionarias o, como las describió, “una asociación libre de subversivos”, que apoyaba la entrada de Italia en la guerra y reclamaba el fin de la monarquía secular que se había instaurado en Italia en 1870. En marzo de 1919 tuvo la primera reunión de su movimiento fascista, y apuntó contra la Iglesia. Hizo un llamado a apoderarse de las propiedades de las congregaciones religiosas y terminar con los subsidios estatales que se daban a la Iglesia. En noviembre, en un artículo de su *Popolo d'Italia*, instó al papa a abandonar Roma, y un mes más tarde expresó su odio a toda forma de cristianismo.

Para el año siguiente Mussolini captó que podría aprovechar el caos del país proclamándose como el campeón de la ley, del orden y del orgullo nacional (26). Siendo que los socialistas habían organizado una huelga, armó bandas fascistas que saquearon las oficinas y otros centros izquierdistas. Esa obra continuó haciéndola y extendiéndola por toda Italia, acompañada de cientos de muertos en los ataques que perpetraban. Se camuflaba haciendo que otros actuasen en esa presunta justicia callejera. A pesar de esos ataques, ganaron las elecciones los socialistas. Pero los conservadores se coaligaron con los fascistas y lograron juntos, la mayoría.

En su primer discurso en el parlamento sorprendió Mussolini diciendo que cientos de millones de católicos en todo el mundo miraban a Roma como su hogar espiritual. Esa era una fuente de fortaleza que,

según dijo, Italia no podía ignorar. El fascismo ayudaría a restaurar la sociedad cristiana, construyendo un estado católico acorde a la nación católica. Esa fue la zanahoria que puso delante del Vaticano para lograr su apoyo. Pero la Iglesia Católica tenía dos partidos, el Partido Popular Italiano (PPI) fundado en 1919 con la aprobación de Benedicto XV, y la Acción Católica, creada en 1905 por Pío X para cristianizar Italia. Esta última contó con todo el apoyo de Pío XI, a tal punto que se lo conoció como “el papa de la Acción Católica”.

Mussolini sintió, por lo tanto, que debía deshacerse de esos dos partidos. Para ese entonces, Pío XI había sido coronado y se irritó cuando se enteró que matones fascistas estaban atacando los cuarteles generales de la Acción Católica, así como a los sacerdotes que estaban involucrados también en el PPI. Pero Mussolini mantenía una distancia pública calculada de esas redadas fascistas, autoproclamándose como el único que podía mantener a raya la violencia anticlerical.

Por su parte, los socialistas decidieron actuar. Proclamaron una huelga que no se iba a detener hasta que se detuviese la violencia. Pero los fascistas se volvieron más violentos contra ellos, con Mussolini proclamando que sólo él podía evitar que Italia siguiese la senda de Rusia. La policía se puso del lado de Mussolini en un intento de detener el caos generado por un país que parecía irse a la bancarrota por las huelgas. Y el mismo Pío XI, quien nunca simpatizó demasiado con el PPI porque actuaba en forma independiente, terminó creyendo que era mejor abandonar ese partido católico liberal, y apoyar a Mussolini y a su partido fascista. Ninguno de los dos simpatizaba con el sistema parlamentario de gobierno, por lo que Pío XI terminó prefiriendo a un hombre fuerte como Mussolini, en lugar de los dimes y diretes del multipartidismo. Además, había riesgo de que el partido fascista la emprendiese contra la Iglesia Católica. Había, por lo tanto, que comenzar a comercializar el poder con el hombre providencial, el único que podía poner orden en un país que se iba a pique.

VI

Comercio de honores y poder

Llegó el momento en noviembre de 1922, para organizar una marcha hacia Roma con el propósito de apoderarse de los ministerios del gobierno central. Mussolini debía quedar escondido en un lugar seguro hasta que cayese el gobierno, y entonces haría su entrada dramática a la ciudad. En la noche del 27 de octubre asistió a la ópera de Milán con su esposa para despistar las autoridades del gobierno. Mientras tanto, sus escuadrones fueron atacando varios puestos claves en diferentes ciudades del país, y unos 26.000 llegaron a las puertas de Roma. El parlamento tomó una medida de urgencia requiriendo la intervención militar, pero el rey no la firmó. El presidente del parlamento renunció, y al rey no le quedó más remedio que pedirle a Mussolini que organizara un nuevo gobierno, dado que muchos simpatizaban con el nuevo líder que quería poner orden.

Para lograr el apoyo católico, Mussolini comenzó a hacer ostentación de religiosidad. En uno de sus primeros actos como primer ministro, mandó a su gabinete a postrarse en una misa ante el altar del Soldado Desconocido. También comenzó a desarrollar un culto a su propia personalidad. Con los años pasó a transformarse en una especie de dios o semidios para sus seguidores. Y como la Iglesia Católica lo apoyó, la manera de dirigirse a él de miles de católicos en las escuelas y por doquiera fuese, no difería prácticamente de la oración a Dios. Lo entremezclaban en las oraciones como su Salvador, Salvador de Italia, el hombre de la Providencia confirmado por los constantes dichos del papa de los que se hicieron eco los diarios católicos. Y los Jesuitas se volvieron también fanáticos de él.

¿Qué fue lo que unió a Pío XI con Mussolini? Ninguno de los dos tenía simpatías por la democracia parlamentaria. Tampoco creían en la libertad de expresión o de asociación. Ambos veían el comunismo

como una grave amenaza. Ambos creían que Italia estaba atascada en una crisis y que no había salvación con el sistema político vigente (48). De manera que tenían muchos intereses en común que proteger.

Del Vaticano no mencionarían más a Mussolini cuando denunciasen los ataques fascistas contra organizaciones católicas. Se trataría de episodios aislados. El diario *La Civiltà Cattolica*, que antes de publicarse era revisado por el Vaticano y expresaba la voz del papa, legitimizaría el fascismo a los ojos de todo buen católico, dentro y fuera de Italia. Claramente, Pío XI se proponía imponer el reino de Cristo en la tierra como en los mejores tiempos de la Edad Media.

Por su parte, Mussolini contaba con 300.000 jóvenes armados que respondían a sus órdenes para castigar a los que difamaban y trataban de ensuciar el nombre del Fascismo. Mientras que el ejército era leal al rey, esas milicias jóvenes eran leales a Mussolini. Al conocer la decisión del papa de apoyarlo, se apuró a hacer concesiones a la Iglesia Católica. Le devolvería los antiguos privilegios a la Iglesia, ordenó poner crucifijos en cada pared de las escuelas, en cada juzgado y en los hospitales. El insultar a un sacerdote o hablar mal de la Iglesia Católica pasó a ser un crimen. Reinstauró capellanes militares, les pagó pensiones a los sacerdotes y obispos, e hizo obligatoria la enseñanza de la religión católica en las escuelas primarias. Subvencionó escuelas católicas y les dio millones de liras para restaurar sus iglesias dañadas por la Primera guerra Mundial.

Para mostrar sus credenciales católicas (aún odiando al clero como siempre lo había hecho), se propuso ser el héroe de la Iglesia Católica. Hizo bautizar a sus hijos, y anunció que iba a casarse también por Iglesia. Pero pasarían un buen número de años antes de casarse, hasta que el Vaticano lo presionó. Entonces fue con un sacerdote y le cayó por sorpresa a su mujer Rachelle, quien no vivía con él en Roma. Sabía cuán anticlerical era ella, el odio que tenía a la pompa y riqueza del Vaticano, y con cuánta mala gana había asistido al bautismo de sus hijos. De manera que al responderle ahora ella que no iba a salir para recibir al cura, decidió entrar para traerla a la sala por la fuerza, donde el sacerdote consumó su casamiento religioso.

El cardenal Pietro Gasparri, secretario de estado del Vaticano, organizó en Enero de 1923, una entrevista secreta con Mussolini para establecer el *modus operandum* de la relación Iglesia y Estado. La reunión duró una hora. Gasparri dijo luego que Mussolini era “un hombre de primer orden”. Pero Mussolini no dijo nada, excepto en el auto al jefe de su gabinete. Le susurró: “Tenemos que ser extremadamente cuidadosos porque estos hombres eminentes son muy hábiles”. Llegaron a un acuerdo en poner a un hombre que fuese de confianza de ambos (del papa y de Mussolini), quien sería intermediario en todos los mensajes que se enviaran. Ese hombre fue el sacerdote Tacchi Venturi, quien por años pasaría desapercibido para la mayoría, corriendo de un lado al otro para mediar entre el poder político y el religioso.

¿Sobre qué bases iba a funcionar ese pacto secreto? Sobre un sistema no declarado pero claramente reconocido de presión y premio. Tanto Pío XI y Mussolini trabajarían sobre esas premisas, entrelazando su imperio político-religioso de una manera tal que por más refriegas y amenazas que se dieran de a momentos, no iban a renunciar jamás a esa unión que los mantendría en forma absoluta en el poder. A los primeros favores que había hecho Mussolini a la Iglesia, en compensación por el apoyo “moral” que recibía de ella, agregó el reconocimiento de la Universidad Católica de Milán, se opuso al divorcio, salvó el Banco de Roma, ligado estrechamente al del Vaticano, cuando estaba al borde de la bancarrota. Incrementó los días sagrados que hizo agregar al calendario civil. Hizo que el Vaticano revisase los libros de texto religiosos para las escuelas. Decretó una nueva ley que permitía a la policía despedir a cualquier editor cuyo diario menospreciaba al papa o a la Iglesia Católica. Continuó llenando las arcas de la Iglesia con fondos del Estado.

Por su parte el Vaticano organizó en 1923 un “Programa de Colaboración de los Católicos con el Gobierno de Mussolini”. En el documento declaraba que ningún gobierno de la tierra “hizo tanto en un solo año a favor de la Religión Católica”. Para ese entonces Adolfo Hitler estaba emergiendo en Alemania, y trató de seguir el ejemplo de Mussolini adoptando el saludo fascista romano. Organizó un movimiento semejante al de la Marcha hacia Roma, para apoderarse del Ministerio de Guerra de Bavaria, pero fracasó y lo metieron preso. Allí, en la cárcel, escribiría su *Mein Kampf* (“Mi Lucha”).

En 1924 Mussolini buscó complacer al papa, negando el permiso que los metodistas necesitaban para construir una gran iglesia en Roma. Y tres semanas antes de las nuevas elecciones, aumentó considerablemente el salario que el gobierno daba a los obispos y sacerdotes, para su gran deleite. El diario *La Civiltà Cattolica* exhortó a apoyar a Mussolini en esas elecciones, arguyendo que había estado trabajando incansablemente para mejorar las relaciones entre el gobierno y la Iglesia. En cada lugar de votación la cuadrilla fascista agarraba al primero que votaba y lo golpeaba diciéndole que había votado por los socialistas, obligándolo a votar por el fascismo.

Esto me hizo acordar al pacto secreto que hizo Juan Pablo II con Ronald Reagan para derrocar al movimiento “Solidaridad” en Polonia y, en esencia, al comunismo. Los emisarios papales entraban por detrás a la Casa Blanca, según lo que reveló después la revista *Times*, como Venturi lo hacía con Mussolini. Le decían a Reagan: “tenga confianza en el Santo Padre. Tenemos 2000 años de experiencia”. No se ha revelado todavía de qué manera operó el papa Francisco recientemente, para lograr secretamente un cambio diplomático entre Barack Obama y Raúl Castro. Es obvio que, aunque la diplomacia ha variado algo, la política papal no ha cambiado. Y con cuántos otros políticos y religiosos de renombre está haciendo lo mismo. Las aspiraciones papales de dominar al mundo siguen siendo las mismas, y los métodos se asemejan a los que usaron en todas las épocas.

Pero todo, al fin, sería desenmascarado: “Los pecados de Babilonia serán denunciados... [Apoc 18:1-5]. Los *progresos secretos pero rápidos del poder papal*, todo será desenmascarado...” (CS 664). Ya lo decía el profeta Daniel: “Hábil en intrigas... Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano” (Dan 8:23,25). “A los que le reconozcan colmará de honores, los hará gobernar sobre muchos y repartirá la tierra por un precio” (11:39). Pero Aquel que dijo, “no recibo gloria de los hombres”, recriminó a los líderes de la nación judía diciéndoles: “¿Cómo podéis creer, cuando recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Jn 5:41,44).

VII

El apoyo salvador del papa a Mussolini

En ocho años de ser expulsado del partido socialista, Mussolini pasó a ser el hombre más fuerte de Italia. Todos los que se le oponían en el Parlamento comenzaron a ser asaltados, golpeados por matones, y muertos. No podía tolerar ninguna voz disidente. Pero cuando desapareció una de las figuras más reconocidas del socialismo en toda Italia, después de habersele opuesto abiertamente en el Parlamento, la imagen del líder fascista se derrumbó porque todos vieron que era él quien lo hizo desaparecer. La maniobra tuvo lugar a la luz del día y en pleno centro. Muchos lo vieron. Mientras forcejeaba ese líder socialista y gritaba pidiendo socorro, el chofer tocaba bocina para que no pudiesen entender lo que decía. A golpes lo mataron y lo enterraron en un bosque sin que nadie supiera dónde.

Mussolini estaba perdido. Lo captó y así se lo comunicó a su amante Margarita, sin que ésta pudiera animarlo. Hasta lloró porque todos sus sueños parecieron perdidos. Debía comparecer ante el parlamento y sabía que no iba a poder convencer a nadie. El papa y todo el Vaticano tembló, porque aunque supieron lo que había hecho Mussolini, entendían que peor iba a ser su derrumbe. El socialismo ganaría fuerza y la

Iglesia quedaría desmantelada para hacer frente al comunismo. Vinieron líderes fascistas de toda Italia para tratar de animarlo, y se sorprendieron al verlo con los ojos llorosos.

En el Parlamento dijo Mussolini que estaba tan ansioso como todos ellos en ir al fondo de lo que había pasado y arrestar a los presuntos asesinos. Pero raros eran los que estaban dispuestos a creerle. En eso el padre Tachi Venturi (el mediador entre él y el papa), apareció expresando en una carta escrita, cuán impresionado estaba con su discurso. Lo alabó hablando efusivamente por todas las buenas obras que había hecho, y le pidió a Dios que afirme su futuro éxito.

El papa vio también que la muerte de Matteoti en la que todo el mundo sabía que estaba implicado Mussolini, era un verdadero desastre, y decidió hacer todo lo que podía para salvarlo. Mediante los diarios católicos, comenzando con *L'Observatore Romano*, y siguiendo con *La Civiltà Cattolica*, amonestó a los católicos a respetar las autoridades cívicas y obedecerlas. Advirtió también que todo intento de socavar la autoridad del régimen corriente conduciría a la anarquía. Todo católico entendió que ningún esfuerzo de derrumbar el fascismo sería bienvenido por el Vaticano.

Pío XI le encargó a Tacchi Venturi, el mediador secreto, que le hiciera saber a Mussolini, aún terriblemente decaído, que contaba todavía con su apoyo. Hizo preparar un artículo en donde alababa a Mussolini por todo lo que había hecho por la iglesia, e implicó que Mussolini no tenía nada que ver con el crimen de Matteotti, y advirtió que ninguna acción violenta contra el gobierno sería jamás justificada. Aún el uso de medios legítimos para derrumbar el gobierno, como nuevas elecciones, debía evitarse porque traería una “seria desgracia”. Tampoco el PPI católico podía justificar el hecho para unirse con los socialistas.

En eso se vio el papa involucrado en una situación embarazosa. La esposa y la madre del tal alto líder socialista asesinado, Matteoti, comenzaron repetidamente a pedirle tener una entrevista. El papa rehusó y, en su lugar instruyó a Gasparri, su secretario de estado, recibirlas y darles un rosario especial que él había bendecido para cada una de ellas. Por otro lado, en Francia se publicaron los detalles del asesinato implicando a Mussolini, y el diario *Corriere della Sera*, sugirió que Mussolini debía renunciar. Pero animado por el espaldarazo papal, el flamante dictador se dirigió al Parlamento el 3 de Enero de 1925, siete meses después del asesinato, con las siguientes palabras.

“Declaro acá, delante de la Asamblea y de todo el pueblo italiano, que yo y yo sólo asumo toda responsabilidad política, moral e histórica por todo lo que pasó”.

- “¡Todos estamos contigo!”, tronaron los diputados fascistas.

“¡Si el fascismo ha sido una organización criminal, yo soy la cabeza de esta asociación criminal!”

- “¡Todos estamos contigo!”, gritaron entre aplausos sus seguidores.

“Si toda la violencia fue el resultado de un clima moral, político e histórico”, prosiguió el primer ministro, “entonces yo asumo responsabilidad por ello, porque yo creé este clima moral, político e histórico”.

“¡Señores! Uds. se engañaron si creyeron que el fascismo se había terminado... Italia, señores, quiere paz, quiere tranquilidad, quiere calma. Nosotros le daremos esa tranquilidad, esa calma mediante amor si es posible, y con fuerza, si llega a ser necesario”.

Con estas palabras comenzó el asalto a los últimos vestigios de democracia en Italia. El se proclamó Dux, o Duce, que significa “dirigente”. Se mezclaba por toda Italia la figura de Cristo con la suya, en una fusión del fascismo con imágenes católicas. En las escuelas se enseñaba a los estudiantes a recitar una oración que decía: “creo en el alto Duce... y en Jesucristo, su único protector. Nuestro Salvador [en referencia a Mussolini] fue concebido por un buen maestro y un gran forjador [en referencia al fascismo]... Descendió a Roma...” Il Duce disfrutaba con toda esa adoración. Pero intentos por asesinarlo por poco no dieron en el blanco.

El papa le hizo saber, aliviado, el “inmenso gozo” que tenía de saber que estaba a “salvo y fuerte gracias a la protección especial de Jesucristo. Para el papa, Mussolini era el hombre de la Providencia divina. Pero Mussolini no se dejó fiar por todas esas muestras de aprobación y admiración. La policía conservó registros valiosísimos que muestran los informes secretos que provenían del Vaticano, gracias a que logró poner espías en su interior.

Feliz, el papa proclamó también un año santo en el que miles de todo el mundo vendrían a Roma. Se posicionaba delante de la gente con su tiara o triple corona, y la bendecía complacido. Al cerrar el año emitió una encíclica, *Quas primas*. En ella decía que la humanidad podía ser salva únicamente si adoptaba la verdadera religión Católica Romana. Como los papas que lo precedieron, denunció la Revolución Francesa como el origen de mucho mal, al difundir nociones dañinas como “los derechos del hombre”. Consideró la expansión del secularismo como la gran plaga de los tiempos modernos. En los Estados Unidos los protestantes denunciaron esa encíclica como “sectaria en el peor sentido”, y llamaron a boicotear el nuevo día santo del papa.

VIII

La pederastia y homosexualidad de los más altos prelados del Vaticano

Tacchi Venturi, el confidente y emisario secreto tanto del papa como del Duce, escapó por un pelo la muerte. Un joven entró en su oficina y empuñó un cuchillo que por poco no dio en la yugular. Pero gracias a sus reflejos, el cuchillo se hundió en la nuca del jesuita. El *Washington Post* escribió que había un complot para asesinar a Mussolini, y que en la lista para ser asesinada figuraba prominentemente el nombre de Tacchi Venturi. Este advirtió luego a la policía de ese complot antifascista, aduciendo que tenía un informe confidencial, y que provenía de un destacado antifascista desterrado en París. Hasta quiso mover a Mussolini para que actuara contra ese complot internacional que quería quitarle su vida.

Pero la policía no le creyó por una buena cantidad de razones. Entre ellas vio que ningún jesuita quiso colaborar en la información. Al hacer una pesquisa pudo saber que era Venturi mismo quien no quería que se descubriera quién era el atacante, y que estaba creando toda esa cortina de humo para ocultar a las autoridades lo que realmente había pasado. Nunca se encontró a ese joven que habría intentado asesinarlo, aunque todos sabían quién era en el Vaticano. Era un amante del cura que en determinado momento de furia de ambos se pelearon; el joven tomó un abre papeles del escritorio de su seductor (el presunto cuchillo), y le hizo un rasguño en la nuca de donde manó la sangre. Según los informantes de la policía en el Vaticano, el papa sabía que Venturi estaba tratando de despistar a la policía en la investigación. Pero eso no impidió que tanto él como Mussolini continuaran considerándolo de gran valor para el intercambio de información. En una carta que le envió al Duce, el papa lo confirmó diciendo que Venturi era “un buen jesuita, y un buen fascista”.

La corriente de información que recibía la policía del Vaticano por ese tiempo, da cuenta de varias acusaciones de pederastia que estaba teniendo que afrontar el papa, que apuntaban a los clérigos más allegados a él. El maestro de ceremonias papal, monseñor Caccia Dominioni, conocido del papa desde su juventud, tenía relaciones sexuales con muchachos y hombres jóvenes. El papa ordenó una investigación interna y secreta que le trajo el informe de un joven al que entrevistaron, y que confesó que Caccia lo había seducido para que fuese a su cuarto en el Vaticano para tener sexo. Cuando la historia comenzó a correr el papa dio la orden de que nadie hablase más del asunto. Y a pesar de que en 1933 lo encontraron de nuevo emborrachándose con dos jóvenes a los que sedujo con dinero para tener sexo en su cuarto en el Vaticano, el papa lo consagró de todas maneras como cardenal. “Era el miembro más popular del Colegio Sagrado” (211).

Monseñor Ricardo Sanz de Samper, el mayordomo y prefecto de la casa del papa, fue acusado también de tener relaciones sexuales con muchachos jóvenes. Ambos pederastas estaban al lado del papa en sus audiencias públicas. Pero este último, sudamericano, no tenía lazos afectivos con el papa, por lo que no sobrevivió al escándalo. Para fines de 1928 se lo perdió de vista.

Tales secretos de la cúpula romana nunca se hubieran podido conocer si no hubiera sido por la red de espías que tenía Mussolini allí. “Aún hoy”, dice Kertzer, “cuando la Santa Sede pone a disponibilidad sus archivos históricos para los eruditos, que están en los *Archivos Secretos del Vaticano*, quitan de allí los documentos que tocan asuntos “personales”. Esa red de espionaje de Mussolini era notable y estaba bien representada.

El jefe de policía tenía una amante alta y atractiva a la que le proveyó de un apartamento que servía no sólo de nido de amor sino también para citas con algunos de sus altos informantes. Por allí iban algunos altos prelados del Vaticano. A través de ellos supo de dos de los muchachos que tenían “relaciones ilícitas” con Caccia. La policía los detuvo y, al interrogarlos, le confirmaron de esas relaciones, describiendo con detalle su cuarto de dormitorio. Mussolini recibía todos los días las informaciones que Bocchini, el jefe de policía le proveía, y leía ávidamente todos esos desvaríos morales de los altos dignatarios del Vaticano.

El informante le hizo saber también a Mussolini en 1928 que, a pedido del Vaticano, el jefe de policía estaba colaborando con los oficiales de la Santa Sede para ocultar los cargos pedófilos contra Caccia (98-99). De manera que cuando el papa no cesaba de insistirle más tarde a Mussolini, que tomara medidas contra la exhibición de los cuerpos de las mujeres en las playas italianas, éste le dijo que su requerimiento era contraproducente ante el hecho de que el Vaticano requería también que el gobierno guardara silencio en los difundidos casos de inmoralidad sacerdotal. Si el papa iba demasiado lejos en su requerimiento, el resultado podía terminar siendo no muy feliz (169).

Cuán atónita quedaría la policía tiempo después, al ver a Caccia colocándole la tiara (triple corona) al siguiente papa Pacelli, Pío XII. Eso iba a ser más llamativo, porque la policía habría acabado de constatar un nuevo y reciente caso de pederastia en ese sacerdote, que traeremos a colación más adelante en esta serie.

Hitler también buscó el apoyo del papa cuando subió al poder en Alemania, y lo obtuvo por el hecho de que, según lo especificó Pío XI, Hitler era católico, y también era “la primera vez que un gobierno tal se había levantado para denunciar el bolchevismo de una manera tan categórica, uniéndose a la voz del papa” (200). Su ataque al comunismo y al judaísmo contó también con el beneplácito del Santo Padre. Pero cuando en 1933, el Tercer Reich comenzó a juzgar la inmoralidad del clero católico, los cardenales de todo el mundo se unieron contra los nazis (215).

La inmoralidad del clero en Alemania tampoco pasaba desapercibida para Hitler. Los nazis comenzaron a juzgar a cientos de monjes y monjas alemanas por perversión sexual. Al siguiente año se hizo gran publicidad, tratándolos de “Corruptores de la Juventud Vestidos en Sotanas”, “Depravación sin fin en los Monasterios”. Acusaban a los sacerdotes de seducir a muchachos y mujeres jóvenes vulnerables. También renovaron su ataque a los jesuitas a quienes acusaron de exportar fondos ilegales (244).

Finalmente el papa escribió en 1937 una encíclica, *Mit Brennender Sorge* (“Con Profunda Ansiedad”), que envió a los sacerdotes de Alemania, y que inició diciendo: “Es con profunda ansiedad y sorpresa creciente que hemos estado siguiendo los juicios penosos de la Iglesia [alemana], y el aumento de vejaciones que afligen a los que han permanecido leales en corazón y acción”. Luego condenó la exaltación de una raza [la alemana] sin mencionar al nazismo por nombre, pero no condenó el

antisemitismo de los nazis. Simplemente cuidó el tono porque Hitler había amenazado con romper el tratado que había firmado con el Vaticano de proteger y sostener a la Iglesia Católica.

Lo que nos queda preguntar acá es si, ante estos hechos, puede considerarse esa encíclica, como ha tratado de hacérselo, como una defensa valiente contra los crímenes que se estaban cometiendo contra los judíos. ¡De ninguna manera! Sólo tuvo que ver con una reacción defensiva papal ante tantos juicios nazis que se estaban dando contra la inmoralidad del clero, y que se insertaban dentro de la determinación de Hitler de hacer desaparecer los homosexuales. En ese contexto, no aceptó el papa mezclar la fe católica universal con la exaltación de la raza alemana.

Al enterarse de la distribución de esa encíclica en las parroquias católicas alemanas, sin enviarle a él una copia, Hitler se enfureció. Conocedor de los abusos sexuales del clero (de hecho, había estudiado teología en un seminario católico), dijo: “Voy a amontonar desgracia y vergüenza en la Iglesia Católica, abriendo los archivos monásticos desconocidos y haciendo que se publique la suciedad que contienen”. Y se apuró para recoger esa información. Pero cuando se supo de las redadas que comenzaba a hacer la policía, el obispo de Berlín y el arzobispo de Breslau ordenaron que se quemasen todos los archivos de quejas contra los sacerdotes. El papa urgió a todos los obispos de Alemania a hacer lo mismo (260).

Los juicios contra el clero católico continuaron por dos años. En un discurso por radio a la nación alemana, Goebbels, uno de los asociados más cercanos a Hitler y ministro de propaganda nazi, se despachó diciendo que la “sacristía ha llegado a ser un prostíbulo, mientras que los monasterios son lugares de reproducción de degradante homosexualidad”. Mussolini se atribuyó el éxito de lograr que Hitler, en 1938, detuviera esos juicios, y el papa lo felicitó (275).

Uno queda absorto viendo cómo toda la inmoralidad del clero romano, aún en tiempos recientes, está saliendo a luz. Comparecen ante la justicia miles de sacerdotes en todo el mundo, y se denuncia la corrupción moral que aparece en los monasterios tanto de curas como de monjas. ¿No se está cumpliendo ya el anuncio de la caída de Babilonia en una “morada de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible”? (Apoc 18:2-4). “Se nos anticipó que “los pecados de Babilonia serán denunciados... Todo será desenmascarado” (CS 664). ¿Necesitamos más datos?

Francamente me da pena por tantos miles de católicos sinceros que pusieron su confianza en un sistema engañoso que busca tapar siempre la inmoralidad bajo un manto pomposo de escarlata, púrpura y oro. Esos hijos de Dios sinceros tienen ahora que sobrellevar semejante bochorno de inmoralidad en lo más alto de su clero. Pero hay esperanza para ellos. El llamado divino es claro: “Salid de Babilonia, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas, porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus pecados” (Apoc 18:4-5). Dios los considera pueblo suyo porque lo han servido según la luz que recibieron. Pero la hora ha llegado de su juicio, y el que quiera librarse deberá salir de allí.

Me queda una reflexión más sobre este punto todavía. Si a pesar de tantas revelaciones de la maldad y corrupción del clero, tanta gente quiere seguir aferrada a ese sistema, ¿qué se puede hacer? El apóstol Pablo advirtió que la mayoría preferiría la mentira como prefirió la multitud a Barrabás antes que a Cristo. El mundo terminará creyendo “la mentira” por no haber tenido “amor por la verdad” (2 Tes 2:10-12). Finalmente llegará el día en que se dirá: “Curamos a Babilonia, y no quiso sanarse: déjala..., porque su juicio ha llegado hasta el cielo, y se ha levantado hasta las nubes” (Jer 51:9).

IX

La recuperación del Vaticano

Por más de un milenio los papas habían gobernado la mayor parte de Italia. Pero desde que Pío VII fue destituido en 1798 y muerto en el destierro, los Píos sucesores fueron vez tras vez humillados. Después que se implantó la monarquía en Italia, Pío IX excomulgó al rey en 1860. En 1870 se quedó el papa sin tierras. No pudiendo entender ni querer reconocer la nueva realidad, los papas se encerraron en sí mismos y no reconocieron el gobierno civil. La situación se complicó internacionalmente, porque los líderes de los países católicos no querían venir a Italia para visitar su capital. Por otro lado, el papa no se dejaba ver si se reunían con los dirigentes del gobierno italiano. Y volver a su país sin ver al papa, podía traer consecuencias políticas desagradables para los gobernantes de muchos países.

En 1924, en medio de la crisis que se dio con el asesinato de Matteotti, Mussolini nombró una comisión especial para revisar las leyes que afectaban a la iglesia. El papa se opuso a que se llegase a un acuerdo mediante un voto del parlamento entre el papado y el gobierno, porque repudiaba el principio de separación de iglesia y estado. Sólo aceptaría negociaciones directas con el gobierno. Mussolini se entusiasmó, porque el papa le ofrecía así, la posibilidad de un acuerdo histórico que solidificaría el apoyo a su régimen como ninguna otra cosa podría hacerlo.

Se llegó, finalmente, a un acuerdo en 1929, que se conoció como Tratado Lateranense. El primer artículo especificaba que la religión católica era “la única religión del Estado”. Constaba ese primer artículo de tres partes:

a) Establecía la Ciudad del Vaticano (110 acres o 44 hectáreas), como territorio soberano bajo el gobierno papal, en el cual el gobierno italiano no tenía derecho a interferir. La ofensa al papa se equipararía a la ofensa al rey. Todos los cardenales de Roma serían considerados como ciudadanos del nuevo estado. Además, se le otorgaba a la Santa Sede derechos especiales sobre las basílicas de Roma, así como al palacio papal de verano en Castel Gandolfo.

b) El gobierno italiano no permitiría que nada tuviese lugar en Roma que interfiriese con el Vaticano como centro sagrado del mundo católico. La instrucción religiosa católica iba a ser obligatoria en todas las escuelas primarias y secundarias. También aceptaba el derecho de la Acción Católica para operar libremente en su objetivo de cristianizar al pueblo.

c) Italia pagaría más de mil millones de dólares para que la Santa Sede cediese los Estados Pontificios que había perdido.

El papa se refirió a Mussolini como el hombre de la Providencia, lo que sería repetido miles de veces en los años siguientes, por los obispos y los laicos en general. Los diarios de todo el país, incluyendo el del Vaticano, insistieron en que tal evento nunca hubiera podido cumplirse bajo un gobierno democrático. Sólo Mussolini y el Fascismo lo habían hecho posible. Pero mientras había quienes se alegraban con el acuerdo, algunas voces de advertencia aparecieron. Una de ellas provino de un general, héroe de la Primera Guerra Mundial: “Estos hombres que vinieron al poder mediante un golpe de estado necesitan legitimarse entre ellos mediante el Vaticano”, escribió en su diario. Pero de aquí a 20 años, preguntó, ¿qué podrá pasar cuando el pueblo se resienta porque la dictadura le robó su libertad? “¿Cómo juzgarán al Vaticano, que le había dado al régimen su soporte moral?”

Para los judíos, ese acuerdo les produjo temor. La pérdida de los Estados Pontificios medio siglo antes los había liberado de los guetos papales, y habían mirado la unificación de Italia bajo el principio de separación de iglesia y estado como su salvación. Ahora temían lo que podría pasar.

Con el Tratado Lateranense, el catolicismo y el fascismo quedaron identificados, y vistos por todos como los dos lados de la misma moneda. Siendo que ahora había prácticamente un solo partido, había que elegir

el nuevo parlamento. Y la Santa Sede se volcó por completo a favor del plebiscito de Mussolini. La prensa católica y los sacerdotes urgieron a votar por el “sí” a la nueva lista que propondría Mussolini.

Pero el papa no iba a dejar pasar la oportunidad sin presionar de nuevo a Mussolini. Argumentó que con la firma del concordato, Italia era ahora “un estado confesional” y, por lo tanto, los miembros del parlamento debían reflejar esa nueva realidad. Tacchi Venturi le trajo entonces a Mussolini una lista de personas a las que el papa consideraba “dignos representantes de un Estado confesional”. Judíos y masones debían ser purgados de la lista de candidatos y, en su lugar, debían agregarse fascistas probados por su fe católica. Sólo entonces el Vaticano iba a organizar una movilización masiva de la Iglesia para que votara por el “sí”. Mussolini accedió, y obtuvo el 98.3 % del voto.

¿Cambió el papado en tiempos recientes? Tal vez en el método, ya que no cuenta más con gobiernos fascistas que lo apoyen y debe depender de las democracias pluralistas. Pero Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco han estado abogando de nuevo, esta vez por “una Europa Confesional”, que imponga el domingo y los días santos de la Iglesia Católica como marca de identidad cristiana (digamos romana). Todavía no lo lograron. ¿No cabe preguntarse una vez que lo logren, qué medidas requerirán con el respaldo de las masas y de las iglesias protestantes que se les están uniendo en esa misiva? ¿No comenzarán una nueva etapa de purgación para con los oponentes?

En 1937, Mussolini decidió organizar una reunión inmensa de obispos y sacerdotes en el Palacio de Venecia. Esos sacerdotes y obispos ofrecerían “el más solemne honor al Duce, Fundador del Imperio, incrementando así su significado cristiano”. Pacelli declaró que no veía objeción sobre ese evento clerical destinado a honrar a Mussolini. El 9 de enero de 1938, 2.000 sacerdotes y 60 obispos marcharon en solemne procesión a través de las calles de Roma, precedidos por carabineros y una banda militar. Allí se depositaron laureles en las tumbas de los héroes de la Revolución Fascista. El arzobispo Nogara se levantó para pedir la bendición de Dios por el hombre que había hecho tanto por el cristianismo. Un sacerdote pasó al frente para recitar lo que los 2000 sacerdotes habían aprobado unánimemente:

“Los sacerdotes de Italia invocan y continúan invocando la bendición del Señor sobre Tu persona, sobre Tu obra de restaurador de Italia y fundador del Imperio, sobre el Gobierno Fascista”. Terminó diciendo: “Viva il Duce”. Los diarios declararon, entusiasmados, que “los enemigos del fascismo son también los enemigos de la Iglesia. Los ideales por los cuales el fascismo pelea son los ideales que la civilización católica ha exaltado por siglos”.

Tensiones. Volvamos a lo que ocurrió inmediatamente después de haberse firmado el tratado lateranense. En las dos semanas que siguieron al tratado, las dos cabezas que gobernaban ahora Italia comenzaron a darse cabezazos, por no ser capaces de decidir cuál era la cabeza principal en ese matrimonio político-religioso. Muchos inconformes con la unión de Iglesia y Estado comenzaron a considerar a Mussolini como la presa fácil del papa. Eso atentaba en carne viva contra sus sueños de gloria, por lo que dio un discurso diciendo que “Italia es católica, pero también fascista, y de hecho, antes que toda otra cosa, exclusiva y esencialmente fascista”. El papa se enfureció por ese discurso y amenazó con tirar abajo los acuerdos lateranenses. Mussolini le respondió que se calmara, que iba a dar un discurso en el senado aclarando los malos entendidos. Pero el discurso que dio fue igual al anterior.

“Esto no puede seguir así”, dijo el papa a Cesare de Vecchi, el embajador italiano en el Vaticano. “Su comportamiento [el del gobierno, en referencia a las publicaciones de los diarios con el discurso del Duce], ofende a la Iglesia y a su cabeza. Salí para encontrarme con Italia con un corazón abierto, y en pago por nuestra lealtad el Señor Mussolini nos dio un tiro por la espalda con un revólver.” Cuando de Vecchi trató de justificar al gobierno, el papa le respondió: “No quiero escuchar eso”.

Finalmente Pío XI debió calmarse y le dijo: “Dígale al Señor Mussolini, en mi nombre, que no confunda sus amigos con sus enemigos y viceversa, porque una confusión de esta naturaleza limitaría el lugar que él tendrá en la historia... Dígame también que cada día, en mis oraciones, le pido al Señor que lo bendiga”.

Pero cuando hay sueños de supremacía, tarde o temprano las fricciones aparecen de nuevo. El papa dio un discurso poco después, quejándose por el “martirio” que estaba sufriendo la Acción Católica en manos del gobierno fascista. Ahora fue Mussolini quien se enfureció, y envió a su embajador para decirle al papa que se callase. Al oír eso, Pío XI golpeó el escritorio con furia, gesticulando dramáticamente mientras decía: “Estoy ofendido, mortalmente ofendido. Abre su boca, y con su aliento ofende al papa; Ud. se mueve, y me humilla..., insulta a la Iglesia... ¡Basta! ¡Basta!”. “El gobierno ofende a la Iglesia y a su cabeza”.

- “Roma es mía”, dijo el papa. Pero el embajador italiano le espetó:
- “Roma es la capital de Italia, hogar de Su Majestad el rey y del gobierno”.
- “Roma es mi diócesis”, replicó el pontífice.
- “Ciertamente”, respondió de Vecchi, “en asuntos de religión”.
- “Sí”, interrumpió el papa, “todo lo demás no es otra cosa que mantener las calles limpias”.

X

El concordato con Hitler

Más tarde Pío XI hizo arreglos también para firmar un concordato parecido con Hitler, aprovechando que el Führer (“dirigente”) estaba ávido por recibir el mismo respaldo moral que había recibido Mussolini. También firmó el papa un concordato con Austria, pero que no duró mucho porque Hitler se apoderó bien pronto de ese país. El papa hizo en Alemania lo mismo que hizo en Italia. Descartó el Partido Central católico vigente por considerarlo en gran medida independiente, y apoyó el partido de Hitler diciendo: “Es la primera vez que un gobierno tal ha levantado la voz para denunciar los bolcheviques en términos tan categóricos, uniéndose a la voz del papa”. Hitler devolvió la gentileza declarando que las iglesias cristianas eran “los factores más importantes de nuestra identidad nacional”. Y se comprometió a proteger “la influencia de las confesiones cristianas en las escuelas y en la educación”.

Los obispos que quedaron confundidos con ese giro repentino del papa, terminaron admitiendo hacia fines del mes que no iban a oponerse más al líder Nazi. Poco después se disolvía el Partido Central católico, tal como había pasado en Italia con el partido católico. Pío XI quería una mano dura para imponer el orden, la fe católica, y defenderse del comunismo.

El concordato firmado entre el Vaticano y Hitler, aunque en un lenguaje mayormente vago, garantizaba a la Iglesia Germana el derecho a manejar sus propios asuntos, y se ofrecía protección a los sacerdotes, órdenes religiosas y propiedades de Iglesia. Pero pronto se dio cuenta Pío XI que Hitler quería una iglesia controlada por los Nazis. Los cantos populares lo endiosaban como su “redentor” (algo parecido al endiosamiento de Mussolini en Italia).

También querían los nazis una iglesia nacional alemana con católicos y protestantes unidos, algo que un papa con mentalidad todavía medieval no podía aceptar de ninguna manera. Y muchos de los sacerdotes católicos parecían ahora creer más en Hitler que en Cristo. Y aunque concordaba en la condenación de los judíos, tampoco podía aceptar Pío XI la exaltación de la raza alemana que proclamaba el nazismo.

Fue entonces que Pío XI comenzó a negociar los hilos del poder usando a Mussolini, cuyo sistema fascista de gobierno se asemejaba al sistema nazista de Hitler. Encantado con la propuesta, Mussolini trató de convencer a Hitler que convenía mantenerse ligado a la Iglesia Católica para asegurar la

estabilidad del gobierno. Ambos líderes políticos odiaban el sistema papal. Pero lo veían como un medio necesario para afirmarse en el poder. Lo mismo esperaba lograr Pío XI con ellos, aún sabiendo que no podría convertirlos enteramente a la fe católica. Pero poco pudo hacer Mussolini en su mediación, lo que frustró al papa. El Duce decidió no contarle a Pío XI que Hitler le había dicho que consideraba a Jesús como un judío que había trastornado al mundo occidental entero, y que en ese momento no podía ver en qué podría servir el catolicismo en Alemania (206-7).

Más documentación sobre el concordato de Hitler y la era de Pío XII, puede encontrarse en el libro de Cornwell citado más arriba, que resumí y comenté en mi estudio *El Vaticano y los Genocidios del S. XX*, en mi página: www.adventistdistinctivemessages.com Aquí quiero simplemente incluir una cita de E. de White, en la que describe el proceder de la Iglesia Católica en la historia, y que pasaremos a ver confirmado en el siguiente punto.

“La historia prueba lo astuta y persistente que es en sus esfuerzos por inmiscuirse en los asuntos de las naciones, y para favorecer sus propios fines, aun a costa de la ruina de príncipes y pueblos, una vez que logró entrar” (CS 35).

XI

La instigación papal contra judíos, protestantes y comunistas

El emisario del papa insistió por años ante Mussolini sobre la necesidad de tomar medidas contra los judíos, con teorías conspirativas que los diarios católicos no se cansaban de levantar contra ellos, y su supuesta unión con el comunismo. Pío XI creía también que la comunidad judía era una amenaza para la sociedad europea, pero no era tan vehemente en Italia debido a que la pequeñez de la comunidad judía allí no implicaba tanto riesgo. Sin embargo, Venturi insistió constantemente ante Mussolini, en que había que tomar medidas contra ellos. Le dio un panfleto titulado *Zionismo y Catolicismo* que decía: “Nadie puede dudar sobre la actividad fatal que la diabólica y formidable secta de los judíos ha desarrollado través del mundo”. Según el panfleto, los judíos procuraban “destruir la sociedad actual y dominar al mundo, como lo prescribe su Talmud” (89).

Las fricciones de Pío XI con Mussolini nunca cesaron. Hubo veces en que el papa se enfurecía y golpeaba con el puño su escritorio diciendo “¡basta!”; y hubo otras en que Mussolini se enojaba y decía “¡basta!”. “¡No acaba de pedir algo el papa que ya va a venir con otro requerimiento más!” A veces cedía el papa; otras El Duce. En uno de esos juegos de poder, logró el papa que prohibiera libros y erradicara el proselitismo protestante (141).

A pesar de los acuerdos de Pío XI y El Duce, el gobernante fascista nunca había pisado el Vaticano. No se sentía cómodo en ese ambiente clerical. Pero ante la insistencia del papa aceptó ir, la única vez en su vida, con la condición de que no iba a requerírsele arrodillarse ante el Santo Padre ni besarle su anillo, algo que se requería siempre de toda cabeza de estado católico. En el encuentro, el papa premió al dictador con el “Collar de la Milicia de Oro que contenía una cruz de oro, con lo que pasaría ahora a ser un caballero de la corte papal. ¿Qué se traía bajo la manga Pío XI? Porque como dice el dicho, “cuando la limosna es grande, hasta el más santo desconfía”. Sorprendió a Benito con el requerimiento de detener a los protestantes, algo que no figuraba en la agenda tope de la reunión.

Según el papa, el proselitismo protestante “está progresando en casi todas las diócesis de Italia, como lo muestra un estudio que han hecho los obispos. Los protestantes están volviéndose más atrevidos, y hablan de ‘misiones’ que quieren organizar en Italia”. Se están aprovechando del lenguaje desafortunado del concordato que se refiere a las religiones no católicas como cultos “admitidos”. El papa quería que, en su lugar, se pusiese la palabra “tolerados”.

¿Se habrá referido el papa más definidamente a la Iglesia Adventista? Porque las Uniones en nuestra iglesia tenían “misiones” y “asociaciones”. Años después, en Argentina, el gobierno prohibió el término “misiones”, porque Argentina, según se argumentó, era un país cristiano y no tenía que ser evangelizado. De allí que todas las misiones de la unión pasaron a ser “asociaciones” para la jerga oficial ante el gobierno argentino.

Mussolini replicó que había sólo 135.000 protestantes en Italia, 37.000 extranjeros, una mera partícula en medio de 42 millones de católicos. Pero el papa argumentó que no por eso la amenaza era grande, y le dio un extenso informe sobre el tema. En los años siguientes el papa iba a bombardear al dictador con insistentes requerimientos de mantener a los protestantes en jaque. Intentos papales semejantes se han visto en tiempos recientes en el sur de México y en otros países de Sudamérica, sobre lo cual no entraré en detalles acá.

Pío XI continuó presionando a Mussolini en esa entrevista, con el argumento de que entendía el principio de “fascismo totalitario”, pero que eso podía referirse únicamente a la esfera material. Había también necesidades espirituales, y por eso había necesidad de un “totalitarismo católico” (185-6). Ya le había hecho notar anteriormente al Duce, mediante su emisario secreto, que un “estado confesional” sólo podía contar con parlamentarios dignos de tal estado (118). Ahora, con este nuevo argumento de un Estado y una Iglesia totalitarias, quería erradicar a los no católicos. Así como el estado fascista no toleraba ningún otro partido, tampoco la Santa Sede podía tolerar ninguna otra religión en un gobierno como el italiano, en el que ahora la Iglesia estaba unida al Estado fascista. A Mussolini le pareció correcta la lógica.

Pero entonces manifestó Pío XI su angustia por lo que estaba pasando en Rusia, en donde los bolcheviques estaban tratando de acabar con los cristianos. “Detrás de esto”, continuó, “hay un aborrecimiento anticristiano del judaísmo”. Estando en Polonia años antes, dijo el papa, “pude ver que en todos los regimientos bolcheviques, los comisarios judíos eran civiles”. Con eso reafirmaba su requerimiento anterior de purgar el gobierno de judíos y masones (118).

Años después argumentó de nuevo Pío XI, que algunos razonaban que todo debía pertenecer al estado, haciéndolo totalitario. Pero tal clamor era absurdo. “Si hay un régimen totalitario”, dijo el papa, “ese es el régimen de la Iglesia, porque el hombre pertenece totalmente a la Iglesia” (328).

Al retirarse Mussolini de su única vez que visitó el Vaticano, el papa lo galardonó con tres nuevas medallas, y declaró: “el Señor me ayudó con esto”. Durante el mes siguiente cubrió al Duce con una orgía de honores. Mussolini y el rey intercambiaban esos gestos con honores también.

¿No corresponde acá volver a citar al profeta Daniel, y las palabras de Jesús en relación con los gobernantes del mundo? Refiriéndose a la institución del papado en forma simbólica, declaró Dios a través del profeta. “A los que lo reconozcan colmará de honores, los hará gobernar sobre muchos y repartirá la tierra por precio” (Dan 11:39). Pero Aquel que dijo, “no recibo gloria de los hombres”, recriminó más tarde a los líderes de la nación judía diciéndoles: “¿Cómo podéis creer, cuando recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Jn 5:41,44).

El papa siempre manifestó su indignación por el deseo de poner en igualdad el culto católico con el de los protestantes. Mediante su nuncio le expresó al Duce que los protestantes son “parásitos” que viven “perjudicando la verdadera religión”. Eso es “no sólo enteramente injusto, sino también ofensivo para nosotros” (191). En 1931 y posteriormente, continuó requiriendo que el gobierno fuese más agresivo contra ellos. Los protestantes, según el papa, eran anti-italianos, una fuerza extranjera que planteaba un peligro mucho más grande tanto a Mussolini como a la Iglesia Católica, porque la lealtad a la Iglesia

Católica y al régimen fascista era lo mismo. Le pedía que prohibiera “de alguna manera la propaganda protestante” (191).

Volvió el papa a pedir varias veces en 1932, que confiscara su literatura. Le dijo que en Italia, los protestantes eran “la más grande cruz” que debía llevar. Pero Mussolini le insistía en que eran pocos. Por otro lado, ya demasiado tenía Mussolini con las críticas de la prensa extranjera como para tocar a los protestantes. Por años continuaría el papa metiendo a los protestantes en la presunta vasta y malvada conspiración judía que apuntaba tanto al dictador fascista como a la Iglesia Católica (192).

Los diarios católicos abrumaban al pueblo constantemente con teorías conspirativas sobre las fuerzas mundiales malvadas que estaban activas para destruir “la civilización cristiana” y la europea. Términos semejantes empleó años después la cúpula católica en Argentina, durante lo que hoy se conoce como “guerra sucia”. Instaron a los militares a intervenir para defender “la civilización cristiana”, con el mismo lenguaje que lo hizo el Vaticano en la época de Mussolini y de Hitler. Argumentaba ahora el Vaticano que los dirigentes del reino del terror bolchevique no eran “rusos autóctonos”, sino “judíos intrusos”. De una lista de los 545 más altos oficiales bolcheviques, declaró un diario supervisado por el Vaticano, no más de 30 eran rusos. Los que provenían de la raza judía comprendían todos los 447 restantes. Aunque los judíos representaban sólo el 5%, seguía el argumento, “habían copado todas las avenidas del poder e impuesto su dictadura sobre la nación”.

Esos argumentos iban a usar los nazis para justificar su campaña antisemita, y desataría la peor persecución contra ellos conocida en la historia, en toda Europa. La *Civiltá Cattolica* publicó que Viena iba a transformarse en nada menos que una ciudad judía, las casas y pertenencias iban a pertenecerles sólo a ellos. Los judíos serían los jefes y señores, y los cristianos sus sirvientes. Austria, según el mismo diario, quedaría totalmente sujeta, hecha tributaria y esclava de los judíos, bajo la dirección de los dirigentes judío-masónicos socialistas. Retomando la acusación medieval, decían que los judíos eran “insaciables chupadores de la sangre cristiana” (194).

Por décadas el Vaticano demonizó a los liberales, masones, judíos y protestantes, como beneficiarios del *Iluminismo*. Todos ellos hacían la obra del diablo, procurando socavar la fe del pueblo en la única religión verdadera. Pío XI compartía tales creencias, como se ve en su encíclica de 1928, *Mortalium ánimos*, donde prohibió que los católicos participasen en grupos que promovían un diálogo interconfesional. El Santo Oficio de la Inquisición que encabezaba el papa, ordenó en 1928 la disolución de la organización católica internacional llamada *Amigos de Israel*, que procuraba convertir a los judíos tratándolos con respeto. Los miembros de esa organización criticaban la iglesia tradicional por la acusación que había hecho a lo largo de los siglos de ser los “asesinos de Cristo” y sacrificar presuntamente niños cristianos en los ritos pascuales. Esto explica la razón por la que el anterior secretario de estado del Vaticano, el cardenal Marry del Val, ahora secretario del Santo Oficio, condujo al Vaticano a atacar a los *Amigos de Israel*. El Vaticano consideró ultrajante el pedido de esa organización de eliminar la frase “judíos pérfidos” en las oraciones del Buen Viernes.

Pío XI creía también que los *Amigos de Israel* recibían su inspiración de los judíos mismos. Creía en todas esas teorías conspirativas, pero aclaraba que la Iglesia se oponía al anti-semitismo (por esa expresión entendía excesos antisemitas). Aún así, consideraba legítimo buscar protección contra ese peligro, de parte de los gobiernos que debían hacer frente a ese flagelo. Argumentaba Rosa, el vocero del papa en asuntos judíos, que el reclamo judío de poseer derechos iguales en el S. XIX, era algo a lo que la Iglesia siempre se opuso. Fueron los judíos que estuvieron detrás de las revoluciones francesa y rusa. Y acusó a los gobiernos europeos de ser inexplicablemente laxos ante la amenaza actual (196).

Ante la incesante presión papal, el gobierno fascista terminó finalmente prohibiendo a los protestantes tener reuniones públicas. Sólo podían reunirse en sus casas. No conforme con eso, el papa insistió en que

sólo les permitiesen reunirse en sus casas si sus reuniones no tenían intenciones proselitistas. El gobierno terminó accediendo, pero desafortunadamente para el papa, los jueces resistieron la orden, apoyándose en el lenguaje del concordato sobre los “cultos admitidos”. El papa envió a su nuncio para quejarse ante el ministro de justicia, pero éste se mantuvo firme.

Nuevamente presionó el papa a Mussolini mediante Pacelli, su secretario de estado y futuro papa Pío XII, porque vio que el gobierno planeaba permitir que en las escuelas secundarias con mayoría judía o protestante, podría enseñarse religión acorde a la fe mayoritaria. “Su Excelencia no capta”, reclamó Pacelli, “la gravedad de la situación. De permitirse este precedente [en referencia al permiso a rabinos de enseñar en escuelas judías], está el peligro de que los protestantes hagan un pedido semejante”. Mussolini accedió, y el papa le manifestó su “gran placer” por esa noticia (198). En 1939, iba a reclamar el papa a Mussolini que no diera privilegios a los protestantes en el Este de África que habían conquistado poco antes, porque según él, eso era malo para el catolicismo tanto como para Italia. Afirmaba que los Protestantes eran agentes británicos en África (298).

Cuando Pacelli, el secretario de estado, visitó los Estados Unidos, parecía obsesionado con la idea de que el comunismo iba a apoderarse de los Estados Unidos. En una entrevista con el presidente norteamericano, Elano Roosevelt, el cardenal se mantuvo repitiendo: “El gran peligro en Norteamérica es que se vuelva comunista”. Roosevelt replicó que el real peligro era que los Estados Unidos se volviese fascista”. “Señor presidente”, insistió Pacelli, “Ud. simplemente no entiende la terrible amenaza del movimiento comunista”. Pero el presidente acotó: “Ud. no entiende al pueblo norteamericano”(250).

Hoy, ya en la segunda década del S. XXI, demócratas y republicanos se acusan mutuamente de una manera parecida. La lucha entre el secularismo y la Iglesia Católica para gobernar el mundo sigue en pie.

XII

Conflicto papal sobre los judíos convertidos

En marzo de 1933 el papa recibía frecuentes informes detallándole la campaña nazi contra los judíos. Antes de las elecciones en Alemania, Hitler prometió a los obispos que iba a proteger los derechos de la Iglesia, sus escuelas, y sus organizaciones. Buscando el apoyo de la Iglesia como lo hacía Mussolini, Hitler les dijo que todos ellos “eran aliados en la misma lucha, la batalla contra los judíos. He sido atacado por mi manera de tratar con el problema judío”, continuó. Pero “por 1500 años la iglesia consideró a los judíos perjudicial, exiliándolos en un gueto... Estoy suministrando al cristianismo con el más grande servicio” (208).

En abril recibió el papa una carta de Edith Stein, una filósofa alemana de 49 años en Munich, quien se había convertido del judaísmo al catolicismo once años antes. Le pedía en la carta que hiciese oír su voz contra la campaña nazi contra los judíos. “Todos los que somos hijos confiables de la Iglesia ... tenemos temor de lo peor para la reputación de la Iglesia si el silencio continúa más tiempo”. Pacelli (futuro Pío XII), respondió como secretario de estado del Vaticano, no a Stein, sino al archi-abad que había remitido la carta al papa. Le pedía que le diga a Stein que le había mostrado su carta al papa, y agregaba una oración para que Dios pudiese proteger a su iglesia en esos tiempos difíciles. Eso fue todo. En 1942 los nazis se apoderaron de ella y de su hermana Rosa, y las enviaron a Auschwitz, donde su último aliento inhaló los humos de las cámaras de gas.

Cuando por la misma época el gobierno nazista proclamó oficialmente su política antisemita, con todo tipo de medidas contra los judíos, el papa permaneció en silencio, mientras que sorprendentemente, fue Mussolini quien pidió a Hitler que detuviera la persecución a los judíos (209). Le advirtió a Hitler que todo régimen tiene derecho a eliminar de puestos de influencia a gente que no es confiable, pero hacerlo

sobre la base de la raza le atraería muchos enemigos aún cristianos que se levantarían contra él. Un mes más tarde el papa escribió su encíclica *Divini Redemptoris*, condenando el comunismo, pero sin hacer mención alguna a los judíos. *La Civiltà Cattolica*, sin embargo, consideró tres posibilidades para tratar el problema judío: convertirlos al cristianismo (imposible), reubicarlos en Palestina (imposible de llevar 16 millones allá), y recurrir a lo que la iglesia hizo por siglos, despojarlos de sus derechos ciudadanos.

La afirmación de Hitler y del diario Jesuita, de que el 98 % de las posiciones más altas en Rusia estaban “en manos de Judíos”, era falsa. De 417 miembros de la dirigencia más alta de la Unión Soviética en la década del 20, sólo 6 tenían un origen judío, y en los 30 bajó debido a la purga anti-semita de Stalin. En 1938 cuando Hitler y el diario Jesuita *La Civiltà cattolica* eran casi todos judíos, de los 9 miembros del politburó sólo 1 era de origen judío; y de los 37 miembros del presidio soviético, sólo uno era de ascendencia judía.

Arrastrado por Hitler, Mussolini comenzó más tarde a perseguir también a los judíos. Para justificarlo, se basó en las propias advertencias que la Iglesia y el mismo papa le habían dado por años contra ellos. Así procuró ganar apoyo popular para su campaña antisemita. Cuando el papa se enteró de que una nueva biografía sobre Cesare Borgia se estaba publicando, se opuso, logrando que Ciano, el yerno de Mussolini, destruyese todas las copias. Borgia había sido hecho cardenal a la edad de 18 años en el S. XV, y su padre había sido el papa Alejandro VI. En sus 20, Borgia renunció al sombrero cardenalicio, y llegó a ser un dirigente militar que tuvo dos hijos de su esposa, y muchos más de otras mujeres. Pacelli agradeció por la destrucción de ese libro.

- Prohibían no sólo libros protestantes y comunistas, sino todo lo que destapaba la inmoralidad de la Iglesia.

En un discurso que trascendió, Pío XI advirtió contra un “nacionalismo exagerado”. Acorralado para que explique lo que quiso decir, aclaró que él no estaba contra la campaña antisemita, porque era legítimo defender Italia del peligro que significaban los judíos. El se oponía a la campaña antisemita de Alemania por mezclarla con conceptos de superioridad de raza. Por otro lado, los fascistas argumentaban que en esa campaña antisemita, no estaban haciendo otra cosa que seguir las enseñanzas de la iglesia.

El papa pensó zanjar el problema enviándole un mensaje a Mussolini que en sus medidas justificadas contra los judíos, no se excediera en forma inhumana y anticristiana. Y le pidió que eximiese a los judíos convertidos y a los que, con el permiso de la iglesia, se casaron con católicos, ya que el concordato determinaba que sólo la ley canónica podía determinar si tales casamientos eran válidos. Pretendió también que la Iglesia y los papas, aunque tomaron medidas de precaución y protección para con los cristianos, nunca maltrataron a los judíos.

Pero Mussolini replicó que sus medidas antijudías no iban a ser más rigurosas que las que los papas mismos impusieron por siglos a los judíos. Y los diarios, aún católicos, comenzaron a publicar las horribles escenas que los papas habían producido durante la Edad Media, para justificar lo que el gobierno estaba haciendo ahora. “Cómo Trataron los Papas a los Judíos”, era el título de uno de esos diarios, mientras cientos de judíos comenzaban a suicidarse porque les quitaban sus propiedades, excluían a sus hijos de la escuela, los expulsaban de sus trabajos, etc. “La Iglesia y los Judíos”, era otro título, donde mostraban que las medidas de los papas fueron más terribles que las del gobierno fascista, y daban una lista de doce cánones de la Iglesia amonestando contra la amenaza judía. Incluso le refrescaban la memoria al papa diciéndole que él mismo había suprimido la organización *Amigos de Israel* (309-311).

Kertzer trae una documentación exuberante sobre la implicación del Vaticano en la despiadada persecución de los judíos que inició Mussolini (caps 24 y 25), que no tenemos tiempo de considerar en detalle acá. Recordemos que, mientras todas las iglesias protestantes, incluyendo la adventista, pidieron perdón por no haber actuado en forma cristiana para con los judíos durante la era nazi, la única iglesia que

no ha pedido perdón y quiere presentarse como héroe en defensa de los judíos en esa época, es la Iglesia Católica Apostólica Romana. Es cierto que tuvieron algunos católicos aislados que salvaron judíos. También los tuvo la Iglesia Adventista y los tuvieron los Protestantes. Pero nada compensa lo que otros de la misma fe hicieron.

Mussolini comerció con el Vaticano el silencio de la Santa Sede por la promesa de no tocar la Acción Católica tan querida por el papa. De manera que en los raros casos que un sacerdote expresara su crítica contra las leyes antisemitas, bastaba que Mussolini le advirtiera al cardenal Pacelli, secretario del Estado Vaticano y siguiente papa Pío XII, para que ese sacerdote fuese disciplinado por la cúpula romana. Comenzaron a bautizarse en la iglesia católica muchos judíos desesperados, pero eso no iba a servirles por más intentos que hiciera el papa después para que no se tocaran los convertidos.

Dirigentes católicos de USA y otros países querían acallar las críticas protestantes contra la Iglesia Católica, con una palabra de condenación que reclamaban de parte del papa. Y esto lo hizo en parte para una radio en Bélgica, lo que alarmó a Pacelli y a los otros cardenales, quienes tomaron medidas para que los diarios católicos en Italia, y el mismo diario del Vaticano, quitaran esa parte del discurso, con un silencio sobre el genocidio judío que pasó a la historia. Los judíos pedían ayuda a los obispos, pero se les decía que si pensaban que iban a dársela, se equivocaban. Debían mantener la calma, los exhortaban a tener fe en el gobierno, etc. Había judíos que pedían orientación al Vaticano sin recibir una respuesta definida.

Lo que el papa reclamaba era que, así como consintió Mussolini en perdonar a los judíos que participaron en la guerra a favor de Italia, así también debía perdonar a los judíos que se habían convertido al catolicismo y casado con católicos. Esa era su real preocupación, no la causa de los judíos. Y la manifestó tanto a Hitler como a Mussolini. Por otro lado, advierte Kertzer, “la mayor parte de las páginas del diario de Pacelli sobre sus reuniones con el papa en esos meses faltan, curiosamente, de las que están abiertas a los investigadores en los *Archivos Secretos del Vaticano*” (320).

XIII

El sumun de la gloria (213ss)

Para ser visto como el hombre que restauró Roma a su antigua grandeza, Mussolini necesitaba un imperio, y lo buscó en África. Etiopía, exceptuando Liberia, era la única parte que no estaba bajo control europeo. Italia tenía dos colonias que limitaban con Etiopía: Somalia y Eritrea. Aprovechando que fuerzas etíopes habían abierto el fuego contra un grupo de soldados italianos, *Il Duce* inició una guerra justiciera y de conquista contra ese asalto al honor de la nación. El papa se alarmó porque temió que una invasión italiana a Etiopía podría afectar a los misioneros católicos en toda África. Pero el argumento de la prensa católica que apoyó a Mussolini en la empresa, fue que los etíopes eran bárbaros paganos. La guerra llevaría la civilización y el cristianismo a los salvajes (algo que no era cierto porque desde hacía más de un milenio que eran cristianos).

La *Liga de las Naciones* que se había fundado en París para terminar la *Primera Guerra Mundial* y prevenir futuras guerras, decidió boicotear el gobierno Italiano. Temeroso de ver aislada a Italia, el papa abogó dos veces ante el rey Jorge V de Inglaterra, diciendo que no veía cómo podía evitarse el conflicto con Etiopía, y explicándole que los requerimientos de Mussolini eran razonables. Pero el rey no aceptó ninguna entrevista, y devolvió la carta sin abrir.

Las masacres que hicieron los aviones y las tropas italianas en Etiopía fueron espantosas, con cientos de miles muertos, hospitales hechos cenizas. Al vérselas mal de a momentos, los italianos recurrían a armas químicas que mataban a miles. Pero en Italia todos vitoreaban a Mussolini, incluso la Iglesia Católica que

lo apoyaba incondicionalmente, agradeciendo a Dios por las victorias obtenidas. Cuando la prensa internacional daba pruebas del uso de gases venenosos, los diarios de Italia pretendían que la deformación de los cadáveres se debía a la lepra.

Hubo un momento en que Mussolini se alarmó cuando supo que Estados Unidos pensaba participar en el boicot de la *Liga de las Naciones*, y recurrió a la Iglesia por ayuda. Si eso sucedía, el gobierno italiano estaba perdido. El cardenal Pacelli le aconsejó entonces que se comunicase con la representación italiana de Estados Unidos, en especial con los que manejaban los medios de comunicación, para que apoyasen su campaña. La acción política coordinada del Vaticano y del gobierno de Italia, en Estados Unidos, probó ser exitosa. Abismados por tantas cartas y delegaciones italianas que justificaban a Mussolini, el congreso de USA terminó no participando en el boicot europeo.

Entonces comenzó la Iglesia Católica a atacar a la *Liga de las Naciones*, acusándola de estar bajo la influencia oculta de la masonería, los bolcheviques y los anglicanos, que no podían tolerar que el régimen fascista viviese “en perfecta colaboración con la Iglesia Católica”. A los soldados los arengaban diciendo: “Vayan a donde la patria los envíe y Dios los llame... Confíen, aún si Dios les pide el sacrificio de vuestra vida... Soldado de Italia, vuestro sacrificio, unido con el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, Dios entre los hombres, completará la salvación y grandeza de la Patria” (224).

Los obispos de Italia requirieron a los católicos que donasen sus anillos de oro, y ellos iban a bendecir los anillos de acero en substitución. Los católicos del mundo denunciaban al Vaticano por apoyar la matanza en Etiopía. Pero en Italia donaban hasta sus cruces de oro que llevaban en el pecho. Nunca desde los días en que los papas gobernaban sobre los Estados Pontificios, la Iglesia Católica estuvo tan identificada con el gobierno. Ni desde la época de las cruzadas cuando los papas urgían a los católicos para conquistar otros países. Invito al que lo desee, leer la documentación abrumadora que presenta Kertzer sobre el apoyo mismo del Vaticano a esa guerra.

“Italia finalmente tiene su imperio”, decía el Duce. Al rey de Italia le dieron el título, *Emperador de Etiopía*. “Levanta en alto tus emblemas, tus brazos y tus corazones”, gritaba el Duce, “para saludar, después de quince siglos, la reaparición del Imperio sobre las proféticas colinas de Roma”. Millones de italianos celebraban misas de agradecimiento a Dios. Y a pedido de Mussolini, el Vaticano abogó ante la *Liga de las Naciones* para que levantase las sanciones económicas, teniendo en cuenta que la guerra había terminado.

Nunca antes la gloria y aclamación a Mussolini fue tan grandiosa. Pero lejos de impresionarse, su amante judía, Margarita Saffarti, iba a decir en voz baja desde un balcón, que ése era el comienzo del fin. El Duce iba a rematar toda esa popularidad al unirse a Hitler en el genocidio judío y en la Segunda Guerra Mundial. Como ya vimos, Margarita escapó a tiempo a Sudamérica, y no volvió hasta después de la 2da. Guerra mundial.

XIV

El apoyo militar y espiritual a Franco en España

Contra su voluntad al principio, Mussolini iba a verse cada vez más comprometido con Hitler. La lucha entre el secularismo y la religión católica se estaba extendiendo con furor en España. El Frente Popular había ganado por lejos las elecciones, lo que alarmó más a la Iglesia. En 1933, el papa había promulgado ya una encíclica criticando los esfuerzos del gobierno para refrenar la influencia de la Iglesia, cuya jerarquía en España no quería ningún tipo de compromiso con los socialistas. Pero el triunfo electoral aplastante de la izquierda desencadenó en 1936 una rebelión militar apoyada por el clero, que lo transformó en el blanco de la ira popular.

La guerra civil estalló en julio. 700 sacerdotes, monjes y monjas fueron muertos. Los monasterios fueron transformados en cuarteles socialistas, se erradicaron los servicios religiosos, y se incendiaron casi todas las iglesias de Barcelona. Pacelli protestó ante la embajada española. Pero, ¿qué iba a hacer el gobierno socialista con un ejército que apoyaba a la Iglesia, si no tenía armas? Para octubre comenzaron a llegar aviones, tanques y otros instrumentos de guerra desde Rusia. La prensa católica exhortó a Mussolini a que mandara tropas para ayudar a los militares rebeldes. Hacia el final del año el dictador estaba mandando miles de soldados y de la milicia fascista para ayudar a Francisco Franco. Pero el papa temía que ese hecho empujase a Mussolini a los brazos de Hitler (242-244).

Para agosto del año siguiente, los submarinos italianos comenzaron a hundir barcos españoles que estaban bajo el control del gobierno, y más tarde iba a sumársele Hitler para apoyar la revolución militar de Franco (263). Cientos de miles morían, mientras la lucha encarnizada entre el secularismo y la religión seguía expandiéndose hacia nuevos horizontes. Posteriormente Salazar en Portugal y Petain en Francia, iban a ser los caudillos del fascismo que gobernarían la sección occidental de Europa. Luego vendría Pavelic en Croacia con genocidios horribles contra los ortodoxos y los judíos jamás vistos antes, para alegría del Vaticano porque implicaba el triunfo del catolicismo en esa región. Más y más países iban sumándose al Eje fascista-nazista. Hasta Japón tomaría el modelo de Alemania y lo implantaría en el Asia, sumándose a ese estilo dictatorial de gobierno que produjo la 2da. Guerra Mundial. El método o sistema se extendería aún después de la guerra, a los gobiernos militares de Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay, etc.

Mientras que en la mayor parte del oriente triunfó el comunismo ateo, en occidente fracasó el fascismo católico. La razón fue que intervinieron dos países protestantes, Estados Unidos e Inglaterra, y lograron reemplazar en términos generales, los gobiernos dictatoriales por regímenes democráticos multipartidistas, en donde las fuerzas religiosas y seculares mantenían cierto equilibrio gracias al principio de separación de Iglesia y Estado.

¿En qué consiste el fascismo? (57ss). En una protesta revolucionaria contra el comunismo, en un esfuerzo de restaurar el orden, la disciplina y la jerarquía, respaldada por la fuerza social y militar. Por eso Pío XII y con él, la Iglesia Católica en toda Italia, adoptó el fascismo y lo hizo parte de su política. No era para menos, porque desde Pío VII quien fue hecho prisionero de Napoleón en 1798, hasta Pío XI y luego Pío XII, todos los papas habían sido humillados por las fuerzas seculares. Miles de colegios y órdenes católicas fueron cerrados y desterrados en toda Europa. En algunos países se exigía al clero hacer el servicio militar. Casi cada papa asumía el nombre de Pío en un esfuerzo por vindicar el Pío que las fuerzas anticlericales habían humillado anteriormente. Pero todo era en vano, y hasta en Italia le quitaron al papado todo espacio de terreno.

El papa vivía enclaustrado en el propio Vaticano. Como lo confirmó el cardenal Ratzinger, antes de pasar a ser Benedicto XVI, la Iglesia Católica fue confinada a un gueto desde la Revolución Francesa. Y aunque procuró salir de ese gueto secular recurriendo a los dictadores católicos en la primera mitad del S. XX, debió resignarse finalmente a reconocer los gobiernos civiles democráticos, y buscar otras vías para recuperar el terreno político-religioso perdido.

XV

La encíclica fallida

Se acercaba el fin de la vida de Pío XI. En un intento que se interpreta como de querer enmendar la imagen que iba a dejar al mundo al haberse identificado tanto con el gobierno fascista en Italia y, algo menos, con el gobierno nazista en Alemania, convocó a un concilio donde iba a promulgar una encíclica

advirtiendo contra el racismo. Para ese entonces, el diario del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, publicó que todos los obispos de Italia estaban de acuerdo con el trato dado a los judíos, inclusive el papa. Lo que la iglesia condenaba era el “racismo exagerado germánico” porque tenía que ver con “una doctrina [racial] contraria a la verdad revelada” [la creencia en una raza superior]. Pero el hecho de que los Nazis se hubiesen lanzado a su campaña antijudía por las razones equivocadas no significaba que las leyes raciales de Italia eran injustificadas (359).

El artículo continuaba: “La Iglesia siempre juzgó peligroso para la fe y la tranquilidad de los pueblos cristianos el vivir junto con los judíos. Es por esa razón que Uds. encuentran una antigua y larga tradición de legislación eclesiástica y disciplina dirigida a detener y limitar la acción e influencia de los judíos en medio de los cristianos..., no permitiéndoles ejercer los oficios y profesiones por medio de los cuales podrían dominar o influir el espíritu, la educación y las costumbres de los cristianos”. Una semana más tarde el mismo diario del Vaticano escribió que lo que habían publicado era “una ilustración autorizada y solemne de esta doctrina católica que todos profesan y enseñan en la Iglesia jerárquica de arriba abajo, y por el soberano pontífice en la infalibilidad de su magisterio”. Pío XI no desmintió al diario.

El punto en controversia con el gobierno fascista de parte del Vaticano no era la persecución judía, porque eso estaba de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia a lo largo de los siglos. El problema era que Mussolini había permitido que se filtre la ideología racial Nazi que conflagraba con la doctrina y ambiciones universales de la Iglesia.

El papa pidió que se le preparase un borrador para la encíclica que iba a dar en el concilio de obispos que estaba invocando. Pero los colaboradores más cercanos, entre ellos Pacelli mismo, quisieron retocarlo primero y demoraron su entrega, por temor a lo que Pío XI podría decir. Finalmente, ante el reclamo del papa, se lo entregaron, pero nunca pudo dar ese discurso porque su condición física se deterioró, y murió cuando los obispos estaban llegando para ese concilio. Pacelli fue elegido papa en su lugar, y adoptó el nombre de Pío XII, no sin antes apoderarse de todo el material que estaba en el escritorio del papa en relación con el discurso que iba a dar, y de ordenar que se destruyese la encíclica, titulada *Humani Generis Unitas*, que Pío XI había alcanzado a enviar a la imprenta.

La encíclica final de Pío XI nunca salió a luz en todo el período en que Pío XII fue papa. Sólo 20 años más tarde, cuatro meses después que Pacelli murió, el papa Juan XXIII iba a liberar algunos extractos del discurso. Pero quitó los pasajes más críticos para con el régimen fascista, presumiblemente para proteger a Pacelli, quien habría sepultado ese discurso para no ofender a Mussolini ni a Hitler. No antes que el Vaticano abriese los archivos sobre el papado de Pío XI en 2006, el mundo pudo ver el texto completo.

Esa encíclica fallida no denunciaba el régimen fascista que Mussolini había temido, pero al darla a todos los obispos hubiera irritado de todas maneras al Duce. La encíclica lamentaba brevemente la persecución que sufría la Iglesia en Alemania, y recriminaba a los que lo negaban. Pío XI miraba hacia delante cuando llegase el día en que “todos los pueblos, todas las naciones, todas las razas, todos se uniesen juntos y, todos de la misma sangre, en el enlace común de la gran familia humana, y en la única “Fe verdadera”.

Nunca apareció el texto del discurso que iba a dar el papa, ni las notas que había preparado para ello, que Pacelli se había encargado de hacer desaparecer. Pero Domenico Tardini, el secretario de asuntos eclesiásticos del Vaticano los vio, y dejó una descripción. Tres puntos en ese discurso iban a contrariar a Mussolini: la Acción Católica, la situación religiosa en Alemania, y la herida infligida al concordato al prohibir los casamientos entre arios y no arios (según Hitler, el ideal de la raza aria era ser rubio, alto y de ojos azules).

Hitler se alegró con el nombramiento de Pacelli para ocupar la silla papal, y el ahora Pío XII se apuró para asegurar al gobierno Nazi que buscaba una nueva era de entendimiento. Mussolini ordenó a la prensa

alabar al nuevo papa. La prensa alemana hizo sonar las campanas alabando también al nuevo papa, elogiándolo por haber felicitado calurosamente a Franco y a sus compatriotas en su conquista de España. También destacaban esos diarios las declaraciones de Pío XII que equiparaban el comunismo con la democracia. Ese papa, para los alemanes, había llegado en tiempo oportuno. Mientras que el mundo condenaba la invasión nazi a Checoslovaquia, el Reich necesitaba, “tal vez por primera vez, tener a la Iglesia con ella y no en contra”. Pío XII continuó con la práctica de su predecesor, de comer siempre solo.

Para sorpresa de la policía de Roma, el hombre que iba a colocar la corona papal sobre la cabeza de Pacelli era no otro que el Cardenal Caccia Dominioni, del que tanto el Vaticano como la policía de Roma, en común acuerdo, habían ocultado su pederastia tiempo atrás. Pero el cuadro era más grave, porque el último registro de la policía con respecto a la pederastia del cardenal Caccia era reciente. Al subir a un ómnibus un policía había visto una caja de cigarrillos extranjeros que un joven mensajero llevaba. Vio que le faltaba la estampilla de impuestos italiana. Cuando lo interrogó para saber cómo la había contrabandeado, el muchacho le dijo que alguien bien alto en el Vaticano se lo había dado. Presionado de nuevo, ese muchacho identificó al cardenal Caccia. La policía llamó al cardenal quien confirmó el relato y pidió que dejaran al muchacho solo. “Siendo que Dominioni goza de la reputación de pederasta”, concluyó el policía informante, “están diciendo que la razón por el ofrecimiento de esos cigarrillos se explica fácil” (382-3).

XVI

El derrumbe de Mussolini y del fascismo

Los horrores de la guerra estaban presentes. Los Aliados estaban avanzando, y la hora de rendir cuentas se acercaba para el Eje ítalo-alemán. Pobrementemente equipados, pobrementemente conducidos, y pobrementemente entrenados, los soldados italianos habían probado ser incompetentes. En sus excursiones a Albania, Grecia y norte de África, los alemanes debían apurarse para venir en su socorro. 200.000 italianos combatieron junto a los alemanes en la desastrosa batalla de Estalingrado. Cerca de la mitad murió o fue tomada cautiva. Miles morían en Roma, aún civiles, ante el ataque aéreo norteamericano.

El 24 de julio de 1943, el Gran Concilio Fascista se reunió por última vez. Mussolini culpó los desastres militares recientes a la incompetencia de los generales. Se descargó especialmente contra los sicilianos por haber dado la bienvenida a las tropas norteamericanas como libertadores. Luego se levantó Dino Grandi, una de las luminarias del régimen quien estaba cerca del Duce, y dio un discurso que Mussolini nunca había escuchado antes.

“El pueblo italiano fue traicionado por Mussolini el día en que comenzó a germanizar Italia, metiéndonos en una guerra que está contra el honor, los intereses y los sentimientos del pueblo italiano”. Estupefacto y debilitado en su confianza propia, los intentos de Mussolini de interrumpirlo se fueron debilitando. Dando vuelta su mirada para encararlo de frente, Grandi continuó: “¿Ud. cree que todavía tiene la devoción del pueblo italiano? Lo perdió el día en que entregó Italia a Alemania. Ud. cree que es un soldado: Italia fue arruinada el día en que Ud. se puso sus franjas de comandante. Hay cientos de miles de madres que claman: ‘Mussolini mató mi hijo!’” Y terminó pidiendo que renunciara.

Algunos le gritaron a Grandi diciéndole que era un traidor. La discusión encarnizada duró hasta pasada la media noche, cuando tomaron el voto. 19 de 27, aún temerosos de no salir con vida esa noche, votaron por la renuncia del Duce. Sorprendidos, ninguna milicia fascista los detuvo al salir.

Mussolini volvió enojado a su casa, pero confiado en que el rey lo iba a respaldar. Su esposa Raquel trató de detenerlo, diciéndole que no confiaba en el rey. Pero el dictador le comunicó al rey lo que había pasado porque no le quedaba otra alternativa, y después de haber sido un títere de Mussolini por tantos

años, el rey se atrevió ahora a dar la orden de captura. Del Vaticano, incluyendo a Pío XII, procuraron comunicarse con el nuevo gobierno, y solicitaron lo mismo que habían estado pidiendo antes, que respetasen los judíos convertidos y reconociesen los casamientos mixtos aprobados por la iglesia. Kertzer concluye diciendo que es asombroso que la cúpula romana no hubiese captado que las leyes antisemitas que habían apoyado durante tanto tiempo no podían sostenerse más. En julio de 1943, miles salían a las calles a festejar, jubilosos, que Mussolini estuviese preso, tirando abajo monumentos al Duce y destruyendo imágenes del dictador.

Hitler invadió entonces Italia y arrancó a Mussolini de su cautividad, estableciéndolo como cabeza títere de la República Social Italiana, bien al norte de la península. Comenzó una guerra civil sangrienta mientras los Aliados avanzaban hacia el norte. El 10 de septiembre las tropas Nazis tomaron Roma. Entre las más altas prioridades ordenó Hitler cazar a los judíos y llevarlos al norte, a los campos de la muerte. A fines de mes, en un barco británico cerca de Malta, el general Eisenhower firmó con el representante italiano un pacto que ligaba Italia a la causa aliada. Entre las provisiones del pacto, Eisenhower requirió que se liberaran inmediatamente a los judíos, anulando toda ley racial.

El 16 de octubre los nazis rodearon el antiguo gueto de Roma y fueron casa por casa cazando judíos. La mayoría de los 7.000 que quedaban lograron huir, algunos escondiéndose en conventos y monasterios de la ciudad. 1.015 fueron atrapados y aprisionados en un edificio cerca del Vaticano. Luego los enviaron a Auschwitz. Sólo 16 sobrevivieron. En los siguientes dos meses, 7.000 judíos más fueron apresados en Italia. De todos ellos, sólo unos pocos sobrevivieron en Auschwitz. Desde 1938, cuando se promulgó por primera vez la ley contra ellos, unos 6.000 judíos se habían convertido al catolicismo en Italia, con la esperanza de conseguir protección en la Iglesia (393-5).

Llegaron los aliados y comenzó el fusilamiento de los dirigentes fascistas por parte de la población. Mussolini fue asediado por los líderes de la resistencia, y pidió una hora para entregarse. Pero en lugar de entregarse decidió escapar hacia Suiza. Antes escribió a su esposa legítima, Rachele, diciéndole: “Querida Rachele. Estoy aquí, habiendo llegado a la última fase de mi vida, la última página de mi libro. Tal vez nunca más nos veamos... Te pido que me perdones por todas las malas cosas que, sin quererlo, te hice. Pero tú sabes que tú fuiste para mí la única mujer a la que verdaderamente amé”.

En la fuga vio Mussolini un regimiento alemán de 200 hombres que pasaba, y decidió unirse a ellos, poniéndose un uniforme alemán. Pero no pudo pasar la frontera porque lo detuvieron. A pesar del uniforme alemán y grandes lentes negros, lo reconocieron y apresaron. Clara Petacci, su amante más joven, lo había alcanzado en su fuga, y el Duce pidió que le permitieran decirle adiós. Hasta ese momento no la habían reconocido. Clara pidió que le permitieran estar a su lado y compartir su suerte. Les permitieron pasar la noche juntos en una casa de campo cercana. Al día siguiente los pusieron frente a un muro para fusilarlos. Clara le gritó: “¿Estás feliz de que te haya seguido hasta el fin?” Mussolini no respondió. Impasible y resignado esperaba su suerte. Al día siguiente tiraron sus cadáveres en un camión y los llevaron a Milán. Los colgaron en la plaza Loreto, junto con otros 15 líderes fascistas. 23 años de gobierno fascista habían llegado a su fin. La gente pasaba, lo pateaba y escupía. Su esposa Raquel fue tomada por los aliados y se salvó de la venganza que se levantó contra todos los seguidores de Mussolini. También le llegó el fin a la monarquía italiana.

XVII

Métodos contrastantes posteriores para lograr la supremacía

La herida mortal que recibió el papado en 1798, cuando un general de Napoleón le quitó a Pío VII su supuesto anillo de Pedro y lo desterró para morir poco después, dejó a la deriva a los papas por todo el S. XIX y la primera mitad del XX. Una documentación abundante de esas humillaciones papales que se

dieron a partir de la Revolución Francesa, aparece en el libro de John Corwnwel, *Hitler's Pope*, ya comentado más arriba. Casi cada papa volvía a llamarse Pío en un intento de reivindicar el papado de la denigración del anterior. Y todos se pronunciaban contra la democracia, como el peor de todos los males.

El Apocalipsis anticipó el terrible *terremoto político* que iba a tener lugar al terminar los 1260 años de opresión papal (Apoc 11:13), cuyo epicentro se dio en Francia (una de las 10 tribus del Sacro Imperio Romano). Los temblores se extenderían seguidamente a toda Europa. El apóstol describe esa lucha en relación con la guerra contra la Biblia (los dos testigos). En Dan 11:40, según ya vimos al principio, puede verse la proyección mundial de esa lucha que se dio entre los pobres y los ricos, el pueblo y los magnates reales y papales al comenzar el tiempo del fin. E. de White lo anticipó también, claramente en el S. XIX, y predijo su extensión mundial.

“La guerra contra la Biblia [en la Revolución Francesa] *inició* una era conocida en la historia como ‘el reinado del terror’” (CS 326). “Terribles fueron las escenas que se desarrollaron en Francia cuando el ateísmo ejerció el poder. Entonces el mundo vio que rechazar las restricciones que Dios impuso equivale a aceptar el gobierno de los más crueles y despóticos. Cuando se echa a un lado la norma de justicia, queda abierto el camino para que el príncipe del mal establezca su poder en la tierra” (CS 641).

“La anarquía trata de hacer desaparecer toda ley, no solo divina sino humana. La concentración de la riqueza y el poder, las vastas combinaciones hechas para el enriquecimiento de unos pocos a expensas de la mayoría; la unión de las clases más pobres para organizar la defensa de sus intereses y derechos; el espíritu de inquietud, desorden y derramamiento de sangre; la propagación mundial de las mismas enseñanzas que produjeron la Revolución Francesa, tienden a envolver al mundo entero en una lucha similar a la que convulsionó a Francia” (Ed 206).

Ese terremoto político no ha cesado de producir temblores dentro de prácticamente todos los gobiernos de la tierra, debido a que les cuesta todavía a los políticos y a los religiosos demarcar la línea que debe existir entre la Iglesia y el Estado. La paradoja es que, mientras que en un principio, la Revolución Protestante Norteamericana y la Revolución Francesa secular, se unieron de a momentos para protegerse y vencer a un enemigo común que era el papado; hoy los Protestantes están dando marcha atrás y aliándose con el papado romano para vencer a su antiguo socio en la defensa de los derechos del hombre. La razón que dan es que se están pisoteando los derechos de Dios. Mientras que hace dos siglos atrás se levantaron dos movimientos de liberación anti-católicos como lo fueron el protestante y el secular; hoy se habla del movimiento de liberación anti-secular como lo es el papal y el protestante unidos.

El método misionero de los papas fue siempre el de formar alianzas con los reyes, convirtiéndolos con su típico sistema de adulación, presión y recompensa (véase Luc 22:25; Jn 5:44). De ahí en más, la población podía ser nivelada más fácil con la nueva fe del rey. Pero después de la Revolución Francesa, las dinastías reales fueron siendo, si no extirpadas totalmente, debilitadas en muchos países de Europa. De manera que, en cuanto se les presentó la oportunidad, los papas estimularon y apoyaron gobiernos dictatoriales con los cuales podrían manejarse más fácilmente para llevar a cabo su agenda político-religiosa. Y su intento de volver a un sistema medieval de unión de iglesia y estado, probó ser terriblemente desastroso.

Si uno mira los mapas políticos del S. XX, puede ver que el culto al dictador encontraba más fácil causa en los países católicos que en los protestantes. Aún en Alemania, el protestantismo fue arrastrado por un dictador católico como lo fue Hitler, quien encontró en la iglesia católica el apoyo que necesitaba. Era más fácil para la gente en todos esos países, emular a los dictadores demagogos a un pedestal casi divino, porque estaban acostumbrados a postrarse ante el papa, los santos, y las vírgenes. Pero con el triunfo de la democracia protestante representada por los Estados Unidos e Inglaterra, y la secular que se equilibró con

la religiosa, después de la 2da. Guerra Mundial, los gobiernos dictatoriales perdieron fuerza y terminaron fracasando. El fascismo, el nazismo, el falangismo, y el clero-fascismo fueron borrados del mapa, aunque en España y en latinoamérica lograron mantenerse algo más, y encaramarse de nuevo en el poder a intervalos.

Hasta los nuevos papas sintieron que debían esconder la tiara (corona de tres pisos) que por siglos habían usado en el Vaticano. Después de Juan XXIII quien la usó sólo al principio, no se la pusieron más. Simplemente captaron que no se podía conquistar más al mundo como antes. Y el papa Francisco fue más allá, y escogió un trono de mármol en lugar del más sublime de oro sobre el que se sentaron los papas anteriores. Aún así, ¿daban y dan a entender con esas ráfagas de humildad que abandonan la arrogancia y soberbia que los caracterizó siempre? Comoquiera que sea, se sientan siempre sobre un trono, y llevan una especie de corona que marca su dignidad. Pero Cristo no sentó sobre un trono a ninguno de sus discípulos, ni puso coronas sobre sus cabezas, ni les prometió ningún trono terrenal tampoco. Todo eso debían esperararlo en el cielo (Mat 19:28; 2 Tim 4:8).

Pío XII, el último papa enemigo del ecumenismo y de la democracia, murió en 1958. Su sucesor, Juan XXIII, sorprendió al mundo convocando el segundo Concilio Vaticano que cambió dramáticamente la dirección de la iglesia romana. Ni los judíos ni los protestantes serían más demonizados. Los protestantes iban a ser considerados ahora como hermanos separados, y se daba la bienvenida al diálogo interreligioso. Tampoco se atacaría más la libertad religiosa y de expresión.

Luego vino Pablo VI y dio un viraje en lo que respecta a la relación del Vaticano con los países comunistas ateos, entablando con ellos relaciones diplomáticas. Pero Juan Pablo II, tal vez por provenir del mundo comunista en Polonia, se unió con el presidente de los Estados Unidos para lograr la rendición del comunismo. Y al caer la Unión Soviética, buscó ocupar el lugar vacante que dejó el comunismo en su propaganda a favor de los pobres, iniciando movimientos de solidaridad internacional de las masas en protesta contra los ricos. Entre los reclamos que encauzaba estaba el de exigir a los gobiernos más ricos que perdonasen la deuda a los países más pobres.

En la Edad Media, el papado estuvo siempre ligado a los ricos, incluyendo los reyes de la tierra. Por eso la Revolución Francesa atea atacó a ambos, los reyes y los papas. Cuando finalmente los papas se adaptaron a los regímenes democráticos, terminaron reconociendo que era mejor recuperar su poder a través del pueblo. Al parársele a los ricos, y a las naciones ricas de esa manera, logró Juan Pablo II como quiso hacerlo Judas al exigir que se atienda a los pobres, relevancia y prestigio internacional.

Pero los sueños de JP II no iban a consumarse a menos que estableciese acuerdos con las demás religiones, no solamente cristianas, sino también musulmanas y aún paganas. El entendió que esa era la única manera de lograr recuperar la cima política mundial que había tenido el papado durante toda la Edad Media. Si lograba tener consigo a todas las religiones, poniéndose de acuerdo con ellas en creencias comunes, los poderes seculares iban a tener que ceder, ya que los votos cuentan en regímenes democráticos. Esto no necesitaba hacerlo con los regímenes reales o dictatoriales. Pero ha terminado captando el papado que esa nueva estrategia es igualmente útil para lograr sus objetivos de predominio.

Varias convocatorias papales a todas las religiones principales del mundo se dieron en el Vaticano merodeando el S. XXI. El llamado de JP II a las religiones era: “Traigan todo lo mejor que tengan para reconstruir la moral del mundo”. Pero nunca vemos en la Biblia que los profetas invitasen a los líderes de todas las religiones paganas que viniesen a Jerusalén para reconstruir la moral del mundo con lo mejor que esas religiones tuviesen. Esa es la manera en que se construye Babilonia, razón por la cual el llamado divino no es a unirse con las religiones del mundo, sino a salir de la confusión de esa unión apóstata (Apoc 18:1-5). El llamado divino a las naciones fue siempre de arrepentirse y volver a la ley de Dios (Jon 1:2), y esa ley estaba en Jerusalén (Isa 2:3: “La Ley saldrá de Sión, la Palabra de Dios de Jerusalén”;

véase Deut 24:8; Sal 147:20). Y es de la antigua Jerusalén que recibimos la Palabra de Dios (Rom 3:2; 9:4).

El sueño de Juan Pablo II fue darle un buen regalo a Jesús en su cumpleaños 2.000 (aunque reconoció que la fecha del primer año de Jesucristo no era exacta). Ese regalo consistía en ofrecerle un mundo unido, para comenzar un milenio de paz al fin del cual el Señor pudiese venir. No pudo completar su sueño, pero hizo avanzar bastante al mundo en esa dirección. En lugar de firmar tratados o concordatos con las naciones como Pío XI (anhelo que está patente de todas maneras), ha estado firmando acuerdos con los protestantes y otros grupos religiosos. Pero esa inercia ecuménica que inició se vio algo frenada cuando Benedicto XVI quiso definir bien los dogmas católicos que entraban en pugna con las creencias protestantes.

Con el papa Francisco, los sueños iniciales de JP II parecen estar avanzando más todavía. Y la misma resistencia que encontró Juan XXIII cuando abrió las puertas de la Iglesia Católica al ecumenismo, la está encontrando este papa al querer de alguna manera, abrir la puerta también a todo tipo de degeneración sexual. Los que querían mantener los ideales medievales y se alarmaban por lo que estaba haciendo Juan XXIII, terminaron canonizando al último papa de corte medieval (Pío XII). Hoy no parece captar el mundo, ni importarle, que la unión ecuménica se está transformando en “habitación de demonios y guarida de toda ave inmunda y aborrecible”. En lugar de unirse en esa confusión religiosa, Dios extiende un llamado a salir de ella (de la madre y sus hijas ramera: Apoc 17:5), para no ser partícipes de sus pecados, ni recibir las plagas apocalípticas que caerán sobre ellos.

Sinteticemos. En sus esfuerzos por recuperar el poder en la primera mitad del S. XX, los papas Pío XI y Pío XII empujaron a los gobiernos dictatoriales de Europa a firmar tratados que respaldasen su misión espiritual, en un claro vuelco a un sistema medieval de unión de Iglesia y Estado. Pero fracasaron. Hoy, el papado romano está procurando pactar con los protestantes y las demás religiones en base a creencias comunes, para imponerse a los gobiernos seculares con los votos mayoritarios que puedan obtener en regímenes democráticos, y lograr de ellos que otra vez patrocinen su agenda religiosa. El resultado de esa agenda será la restauración político-religiosa del papado, que producirá la crisis final apocalíptica. Entonces vendrá el fin.

Conclusión

Cuando la farsa termine para siempre

Todo el andamiaje que por siglos ha montado el príncipe de este mundo para elevar la figura del papado por encima de Dios, haciéndolo hasta infalible con doctrinas que provienen del paganismo romano, no podrá sostenerse más. La exaltación de la figura del papa y de los santos suplanta la exaltación del único digno de ser adorado (Apoc 15:4), y de Jesucristo su Hijo, a quien envió. Y por más que aquí en la tierra busquen ocultar la inmundicia que se esconde bajo la vanagloria humana, ningún poder humano podrá eliminar los registros celestiales.

Pronto esa farsa terminará. Si aquí en la tierra puede desnudarse la historia mediante un estudio meticuloso de los distintos archivos terrenales que se conservan, ¿cuánto más nítida aparecerá la historia que los ángeles y los redimidos revisarán en los archivos más sofisticados y exactos del cielo? En efecto, las visiones apocalípticas nos muestran que en el cielo se registra todo acto humano, ante el cual tendremos que dar cuenta.

“Seguí mirando hasta que se establecieron tronos, y el Anciano de Días se sentó. Su vestidura era blanca como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura, su trono, llamas de fuego, y sus ruedas, fuego abrasador. Un río de fuego corría, saliendo de delante de él. Miles de millares le

servían, y miríadas de miríadas estaban en pie delante de él. El tribunal se sentó, y se abrieron los libros” (Dan 7:9-10).

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras” (Apoc 20:12).

Como se pudo ver en esta síntesis de la historia del papa Pío XI y Mussolini, el Vaticano ha intentado ocultar algunas páginas sensibles de su historia. Pero no podrá esconderse ningún archivo del cielo. Los pecados de los hombres aparecerán en toda su nitidez. Sólo se salvará el que se arrepienta y pida el perdón, invocando la intercesión de Jesús nuestro Salvador, mediante el precio de su sangre.